

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

EVANGELISTAS ANGLICANOS

Las masacres, los disturbios, subseguidos por las ejecuciones públicas que produjéranse en estos días y siguen perpetrándose en Shangay, fueron donosamente atribuidas a la propaganda aviesa de unos cuantos bolcheviquis. Ahora, tras de la red tendida con el inconfesable fin de no dejar trascender la verdad de los acontecimientos, se está divulgando por las mismas agencias oficiales, que Gran Bretaña, "celosa de sus grandes intereses comerciales y financieros", quiso llevar a cabo un ejemplar escarmiento. Y para ello asesinó, apaleó, ahorcó y quemó numerosos estudiantes chinos.

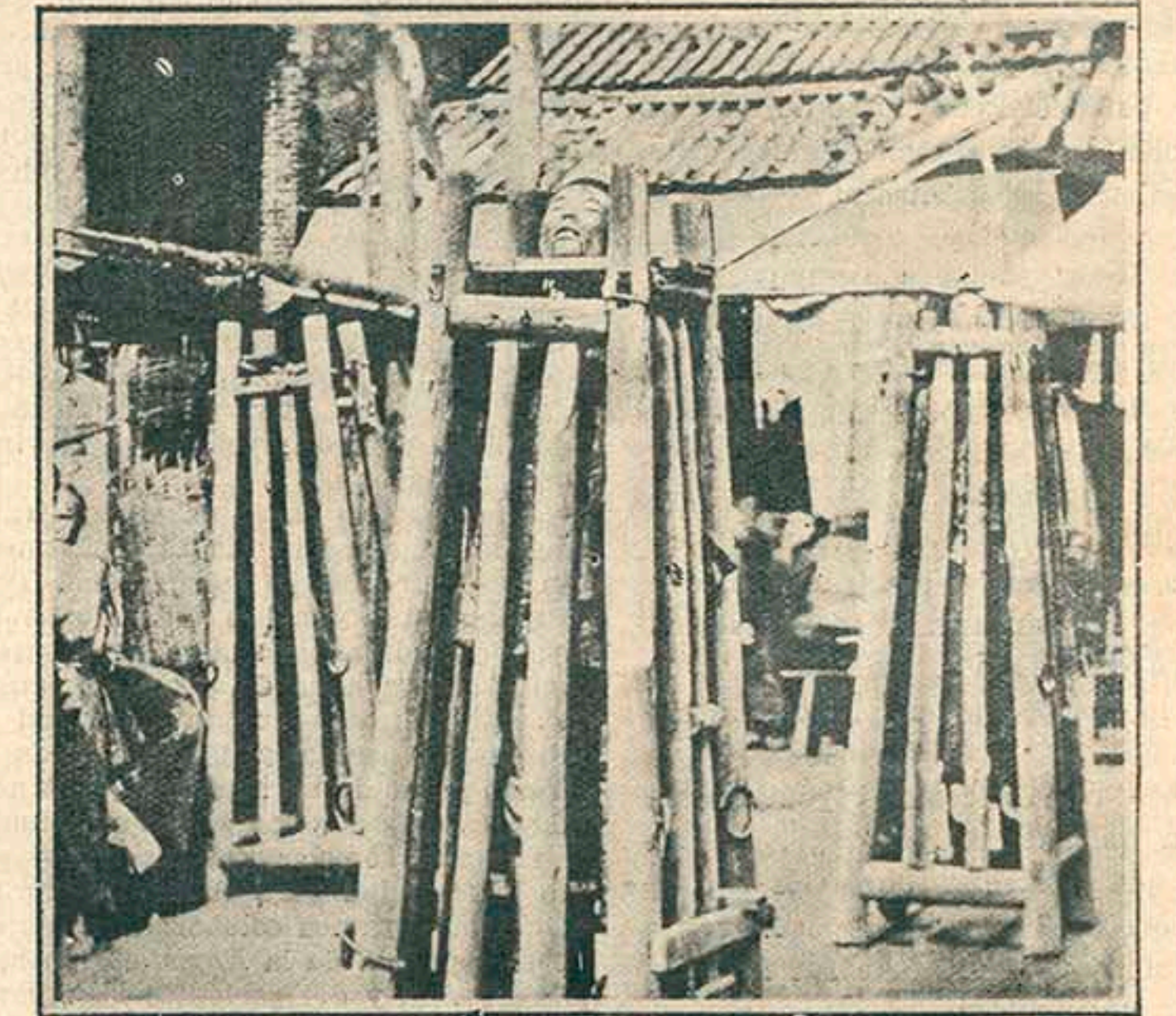
Es la haza rivalidad que se exaspera y se azuza entre asesinos y ladrones, que les hace delatarse unos a otros. Esto y nada más que rivalidades de oficio. ¿Por qué no hemos de medir con la misma vara a las naciones que matan para robar, como a los individuos que las imitan? Una turbamulta de mercenarios, la hez de la prole occidental en China, se constituyó en una especie de milicia blanca y, titulándose policía extranjera, apoyada por la marina británica y la artillería de los buques de guerra, pudieron llevar a buen término ese ejemplar escarmiento.

Y en la masacre cayeron a bulto mujeres, niños, ancianos barridos por el fuego granado de las ametralladoras. Triste hazaña la de estos tenderos, la de estos comerciantes, la de este protestantismo que, con una Biblia en la mano y en la otra un fusil, intenta imponer una civilización fermentada a base de saqueos y de intoxicamiento de todo un inmenso pueblo. El tráfico del opio no significa otra

cosa. ¿Quién será el Prometeo reivindicador capaz de modelar la epopeya de fango de esta moderna civilización y sobre todo de la pretendida psicultura británica, de un egoísmo solapado, feroz y flemático?

Las declamaciones líricas en las circunstancias dolorosas en que están asesinando a un pueblo, se hallan completamente fuera de lugar. Hechos y documentos fehacientes son los que más pesan y convencen.

Ya en la tristemente famosa conferencia de los tóxicos y especialmente del opio, pudo descubrirse cuantas malas mañas empleó Inglaterra, o sus representantes, a fin de, ahogando la discusión, hacerla fracasar con la huida de los delegados chino y japonés. Había de salvaguardar sus cuantiosos intereses, depositados en la mayoría de los puertos chinos. Shangay era uno de los principales. Siendo un puerto internacional, fué dividido en dos partes: una la ocupan los naturales del país y es administrada por las autoridades chinas; la otra, la zona neutral, es regida por el "Shangay Municipal Council", dirigido, naturalmente, por ingleses. En 1907, China puso en vigor un decreto prohibiendo severamente los fumadores de opio y el expendio de la droga, pero esa ley no tuvo acción alguna en la zona internacional. De modo que a los fumadores les bastaba franquear esa línea ilusoria para adquirirla. El resultado fué que en 1914, existiendo sólo 87 despachos de opio con licencia legal, llegaron a 663 en el año 1917. El número a



Estudiantes chinos ahorcados mediante un método ingenioso y de refinada ferocidad, por las hordas occidentales, disfrazadas de "policía" extranjera, durante las jornadas pavorosas de Cantón.

No hubo calle en esa ciudad que no se escalonara con estas modernas horcas, en las cuales las víctimas agonizan durante muchas horas, como si se les quitara la vida gota a gota... He ahí el fruto sangriento de una civilización antropófaga, que sádicamente se ceba con sus "colonizados".

que habrán arribado en el presente, si lo ignoramos, es de suponer que aumentaron. En Singapur — India — existen cientos de fumadores, permitidos legalmente por el gobierno, oblando sumas elevadísimas por el permiso que se les concede; en Hong Kong, la tercera parte de la renta que percibe la administración local produce el monopolio de la droga; en la colonia Sarawak, por ese concepto, en el 1913, el fisco percibió 492.455 dólares. Y así, en casi toda la inmensa extensión del territorio que ocupa China los tentáculos del pulpo inglés se ramifican inyectando la ponzoña sutil a casi todos los habitantes.

Por una reciente estadística, se calculaba que, en 1858, dos millones de chinos fumaban opio, y, en 1878, un cuarto de la décima parte de la entera población, constituida por cuatrocientos millones, empleaba esa droga, y todavía para fumar se hacía un extracto más condensado de ella. Desde esa fecha hasta nuestros días, hay probabilidad de que en vez de mermar el número de los opiómanos, ha aumentado en gran proporción. Y a pesar de los múltiples tratados que se intentaron concertar entre China y Gran Bretaña, en 1911 y últimamente en 1917 y 1925, en la Liga de las Naciones, nada se ha hecho para aminorar la importación del opio desde Singapur. Si se considera que la producción mundial, en 1923, había alcanzado a nueve mil toneladas y solamente 360 se dedicaban a usos medicinales, mientras las restantes 8.650 nunca pudo saberse de que modo eran consumidas, es lógico deducir que gran parte de esa droga ha sido introducida en China clan-

destina y legalmente. He ahí los cuantiosos intereses comerciales y financieros que Gran Bretaña defiende mediante la matanza al por mayor. Para defender las turbias ganancias de los envenenadores en gran escala, llega hasta invocar los fueros de la civilización, irrumpidos por la barbarie asiática y bolchevista. ¿Cuánta razón poseía Gandhi al exclamar, cuando los efectos del "tratado de Versalles" se hicieron sentir, que a la melosa y rampante hipocresía británico-latina prefería la torpeza germánica. Vencedores los aliados, sobrepasaron en fría ferocidad y cinismo a las hordas militaristas de Alemania. Por lo menos es una brutalidad que tiene la ventaja de mostrarse sin ridículos tapujos y despreciables lloriqueos. Estos evangelistas anglicanos, mezcla heteróclita de furioso imperialismo y salmos bíblicos, que concilia todos los crímenes cuando son fructuosos, repugna y renacionales. Estos son los puntos más debatidos.

Y estos son los predicadores del cant inglés — o sea la intolerancia y la hipocresía amalgamada — quienes quieren imponerle sus costumbres y sus vicios a un país de cultura milenaria. Pero no. Ellos lo que anhelan es el oro en abundancia. Por eso se apoderaron de todas las aduanas de China y ejercieron una autoridad omnimoda sobre los tribunales nacionales. Estos son los puntos debatidos.

En la nota confeccionada por los representantes de los barones de la banca y de la industria, en Washington, se ha estipulado una convocatoria para la revi-



sión de las aduanas de China en general. De llevarse a cabo esa conferencia — que dudamos redunde de ella el menor resultado, — se resolvería que de las entradas que ahora percibe el gobierno, recibiese el cinco por ciento. Durante la administración inglesa, desde hace muchos años, el gobierno de Pekin percibe menos que el dos por ciento, y todavía de esta cantidad se retiene un porcentaje para amortizar las deudas contraídas por China con los financistas ingleses.

De ahí que Gran Bretaña no se avenga nunca a otorgar la soberanía legal a los tribunales del país, como lo desearían las otras potencias, codiciosas de intervenir también en los negocios chinos, para repartirse entre todas ellas lo que es ahora un exclusivo monopolio cubierto por el pabellón inglés. No es por altruismo ni por altas razones humanitarias que obran de común acuerdo, sino por los mismos ruines y bajos intereses que incitan a Gran Bretaña a la masacre en masa de poblaciones indefensas. Todo esto y el humillante tutelaje que ejercen los extranjeros, así como el escarnecedor desprecio con el cual tratan a los nativos, se agravó con las matanzas de los estudiantes, lo que produjo un levantamiento general.

Entonces no es como capciosamente quisieron embaucarnos las agencias noticiosas, que el ataque contra los extranjeros provocó el asesinato de los estudiantes, sino que este hecho fué la causa principal, engendradora de los sangrientos disturbios que, por otra parte, fueron ahogados prontamente en sangre.

¿Se podrá saber algún día a qué monstruosidades se desató la bestialidad extranjera y occidental? ¿Se escribirá alguna vez el martirologio de los pueblos que son colonizados por la barbarie occidental?

De escribirse esta historia en grandes frescos de barro y sangre había de horrozar a las generaciones futuras, las que, con justicia, nos maldecirán por haberles legado todo un pasado de ignominia, triste y angustiada herencia que pesa aún sobre la mayoría de nosotros.

Maternidad y fascismo

En Florencia, cuna del florecer de la época maravillosa del Renacimiento, se está por dedicarle un monumento a la madre italiana, conmemorando los sacrificios que la martirizaran durante la guerra. Es el gobierno fascista, rebosante de agradecimiento, el que quiere que se efectúe esa consagración, objetivandola en mármol. La estatua pronto será terminada, colocándose en Santa Croce en el pantón florentino. El general González es quien vigila el trabajo.

Son los verdugos que con ese homenaje esperan que las madres italianas continúen pariendo a fin de tener suficiente carne de cañón para ser ellos los generales que la llven a la muerte.

Como epitafio a ese monumento, se debería inscribir: los cocodrilo satisfechos y agradecidos a las víctimas que se dejaron devorar.

Y luego erigir otra estatua, simbolizando la pudorosa vergüenza, de la cual todos ellos carecen y muy contentos están de que así sea.

EJEMPLARES ATRASADOS

Pedimos a los compañeros que posean números atrasados del SUPLEMENTO, sobre todo del primer y segundo año, y no tengan inconveniente en desprenderse de ellos, los envíen a esta administración a fin de poder remitirlos a camaradas que desean completar sus colecciones.

Menos anarquistas que Carlos Marx

Volvamos a la carga el asunto bien lo merece. Por lo demás, más que la discusión teórica, la que decidirá definitivamente el pleito es la vida práctica con sus experiencias incontrastables. La actitud de los anarquistas ante el movimiento obrero nos apasiona en un grado extraordinario, pero la discusión que con ese motivo promovimos desde hace unos años no es para nosotros un fin, sino un simple medio; es decir, no esperamos los resultados de la discusión para obrar en el sentido que creemos más adecuado, sino que obramos primero y las experiencias de esa acción nos reafirman en los puntos de vista propios y luego intentamos llevar al terreno de la polémica nuestros resultados para convencer a los camaradas de que la leyenda antisdical es uno de los abismos en donde se vuelve impotente el movimiento anarquista.

Si el asunto fuera de menor trascendencia, el apasionamiento sería menor y la discusión sería más serena. Pero es fundamental y sobre todo no se resuelve eludiéndolo sistemáticamente. Después de los años de polémica constante, es comprensible que la tonalidad de la discusión asuma a veces formas hasta cierto punto desagradables; que se nos perdone a nosotros los gestos eventuales de irritación, como nosotros pasamos por alto la facilidad para el insulto que advertimos en algunos colaboradores de la sección española de la *Revista Internacional Anarquista* y del periódico *Tiempos Nuevos* de París, por ejemplo. Lo que más nos llama la atención en los insultos que nos vale nuestra defensa del anarquismo en el movimiento obrero es que justamente los que nos son dirigidos a nosotros los merecen con mucha más razón aquellos de quienes parten. Pero dejemos estas consideraciones. Volvamos al tema.

El anarquismo no es una doctrina de cátedra ni un descubrimiento de laboratorio, sino un movimiento social de los oprimidos y los explotados contra la explotación y la explotación. Con filósofos o sin ellos, el anarquismo no desaparece como movimiento revolucionario llamado a cimantar la sociedad entera sobre nuevas bases económicas, morales y políticas, por la sencilla razón de que no ha nacido de las fórmulas mágicas de tal o cual pensador ni fué generado en ninguna biblioteca de viejos infolios. No negamos que los filósofos y los pensadores hayan acelerado el desenvolvimiento de las ideas anarquistas y estamos lejos de poner en tela de juicio su valiosa contribución al proceso de concreción y de solidificación del pensamiento revolucionario. Pero de eso a conceder el monopolio del anarquismo a los filósofos y filsofoastros, hay un gran trecho. Los pensadores y los plagarios de los pensadores pueden escribir grandes bibliotecas y leer millares y millares de volúmenes; pueden elevar monumentos literarios de mayor o menor valor a la libertad, a la igualdad, a la fraternidad, al esperanto y al sexualismo revolucionario, pero con esos monumentos no se crea un movimiento social en que toman parte preferentemente quienes apenas saben leer y quienes, por su situación material no pueden permitirse el lujo de devorar bibliotecas o de divagar en el café. ¡Pobre anarquismo si, por su esencia, se fundara en la labor de los filósofos y filsofoastros!

Felizmente el anarquismo sigue su curso con una cierta independencia de nuestras discusiones y mientras debatimos si lo blanco es blanco o negro, puede muy bien ocurrir que hayamos perdido el contacto efectivo con el movimiento social libertario de los trabajadores. Porque es entre los trabajadores oprimidos y explotados donde se alimenta la tendencia revolucionaria a cuyo desenvolvimiento debemos contribuir con nuevas ideas e iniciativas y cuya difusión debemos facilitar por medio del periódico, del libro, de la tribuna, pero no monopolizar como entretenimiento peripatético o como deporte de nuestras horas de snobismo intelectual.

El lastre mental de las definiciones hechas y de los conceptos estereotipados en los círculos de la "intelligentzia", es terriblemente sofocador. Hemos creado caprichosamente palabras y hábitos mentales que luego nos esclavizan y nos unen a la noria de los automatismos. Las ideas de la lucha de clases, de la unidad de los trabajadores, del hombre económico y del hombre político, etc., son para nosotros el peso de los hábitos adquiridos nos impide reflexionar. Cuando se procura reaccionar contra la dominación de uno de esos convencionalismos, advertir la magnitud de su arraigo en las conciencias y de su poder sobre los hombres.

Ciertamente no vamos a sostener que sea imposible hacer una cierta separación ideal entre las actividades económicas y las actividades políticas, pero también podemos clasificar a los hombres en sanguineos y biliosos, en partidarios del arroz a la valenciana, en altos y bajos, en... la serie es interminable. Lo que nos parece arbitrario es eso de las separaciones absolutas, por ejemplo: en el sindicato eres un hombre económico y cuidado con introducir allí el veneno corruptor de tus ideas particulares! Si quieres ser hombre político, preocupado en parte de cosas ideales y culturales, vete al grupo de afinidad de tu predilección o al partido de tus preferencias.— Ese punto de vista de los sindicalistas franceses y de una minoría de soi-disent anarquistas que regentan el movimiento obrero de Barcelona, no lo hemos podido comprender nunca. Si Malatesta se siente inclinado a compartirlo, allá él; si Nemo Vasco lo defendió en un libro de ciento cincuenta páginas, lo mismo nos dá. ¿Somos anarquistas o no lo somos? Si lo somos, hemos de serlo a todas horas y en todos los lugares; si no lo somos, mal haríamos en simular, ciertos días de fiesta o entre ciertos contentillos, ideas y sentimientos que no abrigamos. Eso de ser anarquistas en los grupos de afinidad y sindicalistas en los sindicatos, nos recuerda la idea genial del profesor de economía inglés, que se oponía a la reducción de la jornada de trabajo de los obreros, diciendo que precisamente la ganancia del capitalismo procedía de la última hora de la labor; se trabajaban entonces 12 horas y justamente la hora décima segunda era la que producía el beneficio líquido para los capitalistas; Marx demostró irrefutablemente cómo el beneficio del capitalismo procede tanto de la última como de la primera hora o de la del medio.

Esa manía de las divisiones puede ser cómoda para involucrar sofismas y ocultar inconsecuencias, pero en la realidad dejó en pie una máquina estatal y el capital sólo una cierta parte del día y la otra no. ¿Es que nuestras ideas son como una camisa que se cambia a voluntad o como un traje dominguero que nos vestimos en determinadas solemnidades?

Se nos dice que el sindicato es para los obreros asalariados que quieren luchar contra el capitalismo. ¡Otra frase hecha! Ahí está el ejemplo ruso de la primera hora, para demostrar a los que no tienen voluntad de ser ciegos, que el capitalismo es un adversario *menos fundamental que el estatismo, que el principio de autoridad.* La revolución rusa destruyó las viejas formas capitalistas; llevó a la ruina el capital privado, pero dejó en pie una máquina estatal y el capitalismo arrojado por la ventana, volvió dos años más tarde, por la puerta, acompañado de los honores y genuflexiones de sus pretendidos enemigos de ayer, recibido como el salvador del país. Su enemigo del capitalismo no es bastante para ser revolucionario, después, sobre todo, de la experiencia rusa. Y los que se esfuerzan por sugerir a las masas obreras que su enemigo principal es el capitalismo, se esfuerzan simultáneamente por desviar el proletariado de su guerra instintiva al Estado. Por lo demás, las luchas de cada día no nos ponen frente al capitalismo una sola vez, que no ten-

gamos que contar con la huésped, — la intervención del Estado en forma de gendarme, de soldado, de juez, etc. — Los intereses del Estado, aún en los países que se pretenden regidos por gobiernos "obreros", se identifican con los del capitalismo. Lo ve todo el mundo. Y hacia falta que vinieran unos señores sofisticados en nombre del sindicalismo, a separar las dos cosas y a agrupar a los trabajadores para la lucha contra el capitalismo, dejando intacto el Estado, sus instituciones y las ideas que lo fundamentan, en loor a una pretendida unidad de clase que se quebrantaría cuando los anarquistas, enemigos del principio de autoridad, atacáramos el Estado y el estatismo. Comparad esas generalidades con la valentía de nuestros precursores, los hombres de la primera Internacional en España e Italia, que decían: en economía somos federalistas, en religión ateos, en política anarquistas. Aquellos hombres no tenían miedo a las palabras ni retrocedían ante ideas que hubieran parecido demasiado radicales para su tiempo; pero sus continuadores quieren evitar que se hable de dios en el sindicato, porque entonces los religiosos escaparían y no volverían a pagar sus cuotas para mantener secretarios; no quieren que se hable de política, porque los partidarios del Estado harían lo mismo que los religiosos si prevaleciese el punto de vista de los anarquistas; a lo sumo ¡gracias a dios!, nos dejan hablar de economía, y, felizmente, siempre que no se vaya muy lejos, pues de ir hasta el fondo de la cuestión, los timoratos se retirarían de la agrupación de los asalariados y sus cuotas se perderían.

Terminemos con esas majaderías. El sindicato, como decía Borghi, es un continente cuyo contenido puede ser diverso. Supongamos tres botellas, una de vino, otra de petróleo y otra de ácido sulfúrico, ¿es que hemos de confundir el contenido, el ácido sulfúrico con el vino, por el hecho de que ambos líquidos están contenidos en botellas? El sindicato, con esa base común de organismo de asalariados, puede ser fascista, católico, comunista, anarquista... Lo único que no puede ser el sindicato es sindicalista según el tipo imaginado por Pierre Besnard en Francia.

Algunos pontífices sindicalistas, anarquistas de días de fiesta, nos acusan del crimen de querer plantar la bandera del anarquismo en el movimiento obrero. ¡Horror! En el movimiento obrero no hay que plantar esa bandera; esa bandera pertenece a las patrullas del café o a los grupos de afinidad; esa bandera tienen que monopolizarla los filósofos; para los trabajadores es demasiado abstracta; los trabajadores deben permanecer unidos en tanto que son explotados.

Confesamos el crimen, y confesamos, además, que no lloraríamos la muerte de organizaciones obreras que no tuvieran más preocupaciones que la obtención de mejores salarios y de menos horas de trabajo; digámoslo todo: *no lloraríamos la muerte de organizaciones en donde no pudiera flamear la bandera del anarquismo.*

Ese crimen afecta a los nervios de Fabio; felizmente no dispone de verdugos ni de guardia civil; no ocupa todavía el puesto de mandarín del futuro reino sindicalista y el crimen no nos llevará por esta vez a la guillotina. Pero tenemos en cuenta las amenazas ocultas en una dictadura de dirigentes de organizaciones obreras. Lo que será ese régimen nos lo advierte ya su pensamiento: las masas organizadas no son nada, lo son todo los que las dirigen; en otras palabras ha sido dicho, pero el significado es ese. El sindicato soy yo, dirán nuestros futuros gobernantes, y nos harán callar, como nos hacen callar Trozky y Primo de Rivera.

Dejemos los problemas del mañana, y mientras nos sea posible hoy, luchemos por que el movimiento obrero se encamine a la anarquía y reconozca como suya, nuestra bandera. Y en torno a esa bandera agrupemos los explotados y los oprimidos para la lucha por un mundo mejor, hoy para una huelga por un poco más de pan, mañana para una defensa solidaria del hermano caído en las garras de la ley, otro día para lo que se presenta y diariamente para educar en la libertad los materiales humanos que deberán construir el mundo libre.

LA PROTESTA

SUSCRIPCION MENSUAL, DIARIO Y SUPLEMENTO, \$ 2.— m/n.

No queremos fundar grandes organizaciones obreras sobre la mentira y la simulación de nuestras ideas; no nos conformamos tampoco con influir con nuestras ideas las organizaciones proletarias, queremos despertar en esas organizaciones las ideas y tendencias naturales del movimiento obrero, y a esas tendencias se les da el nombre de anarquismo, porque el movimiento obrero, libre de las influencias extrañas que lo desvían de sus cauces espontáneos, tiende a la destrucción del Estado y a organizar la vida social sobre las bases libres que nosotros deseamos.

La finalidad anarquista del movimiento obrero no es ningún descubrimiento nuestro. La frase de Bovio: anarquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia, la defendió también Carlos Marx; recordemos una vez más este pasaje del famoso libro contra Bakunin: "Todos los socialistas comprenden por anarquía esto: una vez alcanzado el objetivo del movimiento proletario, el poder de Estado desaparece y las funciones de gobierno se transforman en simples funciones administrativas."

Ahí tenemos a Heinrich Cunow, el compinche de Karl Kautsky en *Die Neue Zeit*, que acusa a Marx y a Engels de haberse dejado influir por corrientes ideológicas anarco-liberales de su tiempo (véase el libro *Die Marxsche Geschichte—, Gesellschafts-und Staatstheorie, Grundzüge der Marxschen Soziologie*). Y no hace falta más que tomar en la mano libros de los socialistas más conocidos, por ejemplo Vandervelde, por ejemplo Lenin, para comprobar que aceptaban y reconocían como un proceso natural el de la finalidad anarquista del movimiento obrero social y revolucionario. ¡No seamos menos anarquistas que Marx, pues, y no llevemos nuestra cobardía hasta el punto de abdicar de nuestras ideas en los sindicatos y de cesar en nuestros esfuerzos por plantar sobre el movimiento obrero total o al menos sobre la parte que nos responda, la bandera de la anarquía, el objetivo de nuestras luchas y de nuestros pasos!

No se es traicionado más que por los propios, dice el refrán; sería doloroso que la defensa de la finalidad anarquista del movimiento revolucionario tuvieramos que hacerla contra los anarquistas mismos, recurriendo a la autoridad de nuestro querido amigo Carlos Marx. Las maniobras de algunos dirigentes de la Confederación Nacional del Trabajo de España, que se dicen anarquistas, para borrar de ese organismo la finalidad anarquía históricamente reconocida por el proletariado revolucionario organizado de ese país, es un mal síntoma. Esperemos que la enfermedad no prosperará.

D. Abad de Santillán



Un tomo en 8°. de 268 págs. \$ 1.20
Suscríbese a la Editorial, compañero

Sobre los orígenes de la libertad y de la autoridad

Los movimientos sociales desde 1917 y todos los anteriores y su fracaso no sólo demuestran que el socialismo no se estrelló en la necesidad natural de libertad del hombre, sino que el socialismo que no correspondía a ese impulso hacia la libertad no tiene elementos vitales, aun cuando estén a su disposición todos los medios auxiliares forzados por la violencia. Pues todo organismo necesita una libre esfera de movimiento, sin la cual se producen la estancación y la ruina.

Esto ha sido comprendido por toda clase social, aun cuando se haya procurado el mayor poder imaginable. El impulso de libertarse de la injusticia, del privilegio es la lucha incesante por su expansión y su fortificación, mientras que los sistemas inflexibles del socialismo autoritario creen poder desviar esa tendencia hacia la instauración de la justicia social, una ilusión, porque privarían a la humanidad, de ese modo, del elemento libertario que la anima; por eso se opone siempre a su seria realización una desconfianza instintiva. La historia da cuenta junto a cortos períodos de reposo aparente, en los que parece haberse establecido una dominación, un sistema, — mientras que en realidad a esa corta prosperidad siguieron inevitablemente la marchitez y la decadencia,— de tiempos normales de luchas continuas tendientes bien a la defensa de una independencia o autonomía o bien el ataque para la expansión de una dominación o de un privilegio. Todo señor feudal luchaba en ese sentido contra reyes, ciudades y el Estado por sus viejos o nuevos privilegios o en la alianza con ellos en busca de botín contra un vecino más débil. La burguesía naciente de las ciudades libres de la edad media, aun los tiranos en su distrito urbano y en el círculo accesible a su poder, se defendieron contra la nobleza y los reyes y contra el Estado centralista moderno dispuesto a sofocarlos. Esas grandiosas luchas de la burguesía en Italia, olanda, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, del siglo XV al XVIII y en todo el mundo en el curso del siglo XIX, procuraron a la burguesía, por fin, la completa dominación actual representada por el capital internacional financiero, un poder que supone aun tener muchas posibilidades de expansión, pero que hace ya tiempo que revela un rasgo hipocrático: por la exclusión de las grandes masas populares se priva el poder nominal de la burguesía de todo fundamento sólido duradero y es mantenido ante todo por la desconfianza ante el socialismo, del cual aún no es conocida de las masas una forma satisfactoria de la necesidad natural de libertad, mientras que las tendencias libertarias del socialismo, es decir el anarquismo, se esfuerzan desde hace mucho por encontrar modos prácticos de la síntesis de libertad y solidaridad.

Naturalmente, esas nuevas posibilidades de vida social no serán impuestas por una dictadura, sino que, correspondiendo a la observación y al libre experimento, procederán a la realización utilizando las cantidades adecuadas de medios de producción y de materias primas, en una libertad completa de movimiento y sin intervención alguna de elementos externos. La difusión y las modificaciones de esa realización dependerían de sus resultados y de la experiencia adquirida. Los obstáculos que se opusieran, serían naturalmente suprimidos.

Esa finalidad y ese camino no han sido arbitrariamente elegidos, imaginados de una manera artificial, sino que esa vía hacia la libertad es la misma que buscan partes de la humanidad en todos los tiempos, y cuya situación y dirección, que fueron tan difíciles de encontrar, se vuelven cada vez más visibles. Debemos partir del hecho que toda unidad física, desde las más ínfimas que pueden percibirse hasta las mayores agrupaciones, poseen cualidades que se exteriorizan en sus relaciones frente a otras unidades como atracción y repulsión, de donde se desarrolla todo eso que conocemos como asociación, ayuda mutua, solidaridad y autonomía, lucha por la independencia, libertad. Ambos grupos de actividad de todo lo vivo siempre son inseparables y su distribución armónica, su modificación rá-

pidamente espontánea de acuerdo a la exigencia de cada situación, representan un estado ideal de cosas que debe convertirse en situación normal. Como sabemos, ese equilibrio ha sido alcanzado aproximativamente y se conserva en la mayoría de los animales; existe aun entre la mayor parte de los hombres en mil detalles de la vida, pues otra cosa no sería imaginable, — pero sin embargo ha tenido lugar, de algún modo, en la "humanización" del animal humano, tal vez en íntima conexión con ese proceso, una perturbación parcial de ese equilibrio bajo la cual vivimos todavía, y que los movimientos libertarios de oposición, desde los orígenes hasta la actual anarquía, procuran combatir y, como "esperamos, con éxito.

Es probable que esa "humanización" tuviera lugar primeramente en circunstancias locales favorables, es decir parcialmente, y que esa superioridad en el empleo de las herramientas, de las armas y de la actividad espiritual sobre los retrasados produjera la ruptura de la solidaridad que no conoce ninguna especie animal, — la dominación sobre otros de la misma especie. Lo cierto es que se fortificó diversamente, fuerza física, ingenio, experiencia y conocimientos especiales, esa diferenciación entre los hombres; el sentimiento de la solidaridad precedente de la era animal, la ayuda mutua, no fueron apoyados por los hombres fuertes que explotaron su superioridad, mas bien fueron combatidos, — una lucha que persiste aún. Se exteriorizó pronto esa superioridad de algunos por la fuerza (guerreros), por la inteligencia (jefes), por ciertas experiencias (sacerdotes), por acumulaciones de posesión en diversas formas (ricos), etc.; esos círculos dominantes supieron tener a su disposición por medio de la fuerza, de la superstición, del salario, etc., criaturas armadas, y las masas, que sólo conservaron su sentimiento de solidaridad, fueron relegadas a la defensiva, privadas de derechos y esclavizadas hasta hoy.

Así sucedió que la masa no conoció jamás la libertad, aparte de ciertos grados en la vida privada, y vio siempre que él que se elevaba le alguna manera de su propio medio o favorecido por el nacimiento, asumiendo una posición sobresaliente, casi siempre se convertía en su amo, en su esclavizador, en su despreciador. De ahí que la masa no pudiera conocer ni apreciar la libertad y el saber, que se le apareciera sólo como dominación y privilegio espiritual, y sus únicas armas fueron su sentimiento de conexión, no escrito, un eco sordo y una efectiva irreconciliable que espera su hora desde tiempos inmemoriales. Mucho de ese sentimiento de libertad, en ese desamparo de la masa, se perdió por falta de uso o achatamiento; parte de él se expresó en la vida privada, creó familias y grupos de hombres viviendo libre y humanamente, de los que en el curso del tiempo surgieron, a pesar de todo, numerosas personas que hicieron lo posible a su modo por la libertad y están todavía dispuestas a hacerlo.

Ellas pertenecen desde los tiempos más antiguos aquellos que no emplearon su superioridad espiritual en la dominación y la explotación como los jefes políticos y la casta de los sacerdotes, sino que la pusieron a disposición de la humanidad, — inventores y sabios. Con ellos y con la difusión de sus conocimientos por la enseñanza comenzó la primera actividad liberadora de la humanidad.

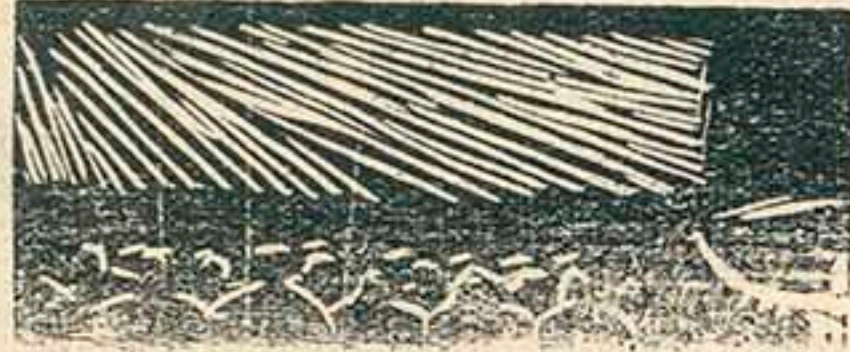
Esa actividad fué infinitamente lenta, pues las mismas masas que debían ser libertadas, debieron dejarse encadenar simultáneamente desde la cuna para la servidumbre del trabajo, de tal manera que un poco de correteío libre en la niñez es para muchos el único recuerdo de un pequeño fragmento de libertad. Por eso sintieron más pesadamente la presión social cotidiana que la presión espiritual y se rebelaron antes en nombre de la justicia social que en nombre de la libertad personal y social. De ahí que fuera fácil a las tendencias socialistas autoritarias agrupar grandes masas, pero con eso sólo se evidenció cuánto se limitaban a la superficie en su concepción del socialismo. Para las masas esclarecidas está en

primer lugar la aspiración a un poco de justicia social, pero para los socialistas, es precipitación elevar a sistema ese estado imperfecto, y es antirrevolucionario e inescrupuloso en ellos el combatir las tendencias libertarias del socialismo, que sin embargo, representan solas un socialismo *completo y natural*, en lugar de alegrarse de que los afectados pasajeramente por su propaganda tengan ocasión de profundizar sus ideas en aquellas tendencias. Así tenemos que el socialismo autoritario debe ser contado hoy entre las potencias del pasado y no entre los factores evolutivos del futuro y se puede decir con razón que así como en los tiempos primitivos se opusieron a la libertad el poderoso jefe de tribu y el sacerdote, en un porvenir tal vez próximo, serán los últimos que harán lo mismo el dictador socialista y la sacerdotisa de Marx.

No obstante la intensificación de la autoridad en nuestra triste época, vemos cuánto se ha debilitado en el curso de la historia, cuyas primeras fases no conocemos, ciertamente no en el dominio político, en el cual era la papetera electoral de hoy es tan autoritaria como en otro tiempo la espada de Breno, sino en el terreno espiritual y moral, en la religión, en la ciencia, en la vida privada, diversamente en el terreno social, etc. Aquí debería ser investigada en detalle la historia del pensamiento libre, la de cada una de las ciencias, la de muchas instituciones, costumbres y maneras de pensar, la de algunos órganos internacionales, la de la literatura y el arte de todos los pueblos, de su vida popular, y también la historia de las luchas políticas y sociales de los movimientos, de los ensayos de organización, etc. Si es rara la completa comprensión de la libertad social y política, son innumerables y espontáneos los más honestos y costosos esfuerzos en pro de la abolición de la autoridad en los diversos terrenos. ¿Quién representa hoy las formidables luchas contra las innumerables formas particulares de la autoridad? Ciertamente no los liberales actuales, desorientados, que tienen miedo a la completa libertad, pero tampoco los socialistas autoritarios que menosprecian u odian la libertad completa. Sólo los anarquistas están en la línea justa de esa evolución hacia la libertad, cuyos viejos defensores sólo pudieron alcanzar a ver una pequeña parte del gran camino, del cual nosotros mismos no conocemos el curso ulterior y el fin.

Naturalmente, esa historia es muy oscura, rica en desviaciones y contragolpes. Como la ciencia se pone a disposición del desenvolvimiento general, se apoderó también la autoridad de sus resultados y fortificó con ellos su despotismo; incluso las religiones se modernizaron y todo sistema, por reaccionario que fuera, trató de integrarse a ciertos progresos y ganó también diversas personas para sí; así surgió la ciencia "oficial", que la verdadera ciencia debe combatir más y más. Además, nuestras fuentes son infinitamente unilaterales. Por ejemplo, aparte de algunas fuentes egipcias y del Asia Menor, todo lo conocido del círculo cultural de la vieja Europa es tomado de las noticias de orgullosos griegos y romanos para quienes el resto de los europeos eran "barbaros", exceptuados los restos inextricables de la mitología, las canciones heroicas y el folklore de algunos pocos pueblos europeos! En un grado mayor fueron olvidados por los cronistas o mencionados pasajeramente o en una forma desfigurada, los librepensadores, los rebeldes, las sublevaciones populares. La literatura socialista, en cierto sentido también anarquista de la antigüedad, con excepción de Platón y de las comedias anticomunistas de Aristófanes, por lo que se refiere a las obras especiales, ha desaparecido, aunque todas esas ideas tuvieran su vida propia de acuerdo a citas fragmentarias, desde Licurgo a los Gracos, Catilina y Espartaco (con su renovación del cristianismo primitivo).

Pero echemos una mirada al material recogido por la etnografía en todos los continentes y encontraremos las más diversas formas de vida social y política, veremos los enormes sacrificios impuestos a los pueblos por la autoridad de toda naturaleza, pero también veremos rastros de las luchas incesantes contra ella. Podemos finalmente medir cuán significativos son nuestros conocimientos sobre el tiempo anterior a la escritura, cuyos sucesos por lo demás en su época misma eran olvidados tras pocas generaciones, en caso de que no pasaran a la mitología



o a las leyendas. Pero si consideramos los reflejos de viejas luchas por la libertad en la Biblia o en las mitologías griegas u otras, son siempre luchas contra la autoridad, en las que ésta triunfa, pero sus adversarios no serán jamás olvidados, aunque desfiguren todo lo que quieran su misión los sacerdotes y los juglares cortejanos. Los diablos arrojados del cielo, con Satán, la figura bíblica favorita de Bakunin, y Lucifer, portador de luz, o los titanes asaltantes arrojados del Olimpo, los hombres malditos expulsados del Paraíso por Jehová cuando comieron del árbol de la sabiduría, o el Prometeo martirizado por Júpiter por haber quebrantado el monopolio divino del fuego y haber entregado ese elemento a los hombres, — todos esos son rebeldes hechos y derechos y las luchas por la libertad de los tiempos primitivos encontraron en ellos una cristalización hábil, que persiste aún.

Hagamos una contrapregunta: ¿quién ha luchado por la autoridad y qué se hizo de ellos en el curso de la historia? Tiranos que a menudo encontraron un tiranídica, más conocido que ellos mismos, reyes, papas, estadistas, amos de la tierra, cuya memoria se desprecia, mientras sus victimas son glorificadas. Y basten esas observaciones para señalar que la libertad fue anhelada por incontables seres, por insignificante que sea el número transmitido por las tradiciones de los hombres de anteriores siglos que defendieron directamente ideas antiestatales y anarquistas.

Se adquiriría una visión más completa sólo mediante estudios especiales intensos. En tal sentido se basan las obras de P. Kropotkin, *Mutual Aid*, (El Apoyo Mutuo), *Ethica* (Moscu, 1922, Buenos Aires, 1925), en los primeros capítulos, *La Ciencia moderna y la anarquía* (París, 1913) y también en *El Estado, su rol histórico* (1896-97); Eliseo Reclus (*El Hombre y la Tierra*, seis volúmenes: Gustav Landauer, *Die Revolution* (Frankfurt, 1907). Además, Elie Reclus, *Los Primitivos, estudios de etnología comparada*, etcétera.

Max Nettlau

Sin querer presentar esas obras en las que se expresa la concepción anarquista como impecables, en todo caso hay que prevenir, como regla contra los escritos marxistas sobre la historia primitiva, la concepción materialista de la historia, abstraída de acontecimientos relativamente modernos, no puede aclararnos épocas desconocidas, cuyos factores materiales y espirituales sólo conocemos imperfectamente. Una Philosophie de la Préhistoire, libertaria, de Gerárd de Lacaze-Duthiers está próxima a aparecer. Paul Gille, Esquisse d'une Philosophie de la Dignité humaine, París, Alédn, 1924, 146 págs., introduce en la crítica a la concepción materialista de la historia. —M. N.

Dice el atorrante

Luna, ¡no sientes frío esta noche de invierno así desnuda en el balcón del cielo? Lo que es yo en esta plaza tan solitaria como tú y tan muda como una jirafa estoy temblando como un epiléptico, atardece, en verdad, con una camiseta de versos tú quizá te consules... pero yo, ¡yo me muero! Esta noche es horrible, pavorosa, el frío es tan intenso que atraviesa mi carne y perfora mis huesos cual si fuera un toldo.

Señor, ¡misericordia de este pobre gusano! ¿Por qué si en Buenos Aires están llenos de estufas los teatros y las casas donde hace menos falta, Señor, no ponen una, una sola siquiera para los atorrantes que duermen en las plazas?

CESAR TIEMPO

Las artes plásticas en el extranjero

ARISTIDES MAILLOL

Plenitud de forma. — En cual grado Maillol posee el sentimiento de la forma, la belleza de la línea, la perfección geométrica de un volumen, es lo que expresan sus simples esbozos y rápidos croquis. Un trazo le basta para definir el interés plástico de una obra, sobre la cual se detendrá largos meses en el anhelo de conseguir una plena culminación. Los prodigiosos arabescos de sus tapicerías evidencian el valor de sus tempranas búsquedas de la forma. Sin duda, en ellos se empleó el color, y es la principal atracción que se encuentra allí. Es un país de líneas *poissinecas*, y de tintas más bien grises, que le fascinó en su juventud por el juego de los colores. Fue pintor y pintó tapices, antes de ser escultor. Se pudo conocer así las bellas tonalidades que expuso en el Salón de la Sociedad Nacional: grandes figuras de mujeres, ingeniosamente trajeadas, en una decoración de jardines y parques. Pero en sus primeras obras, así como en sus litografías y grabados de madera, si se sorprende ya una delicadeza en los colores, existe ya un sentimiento profundo de la forma. En placas de mayólicas esmaltadas que datan de sus comienzos, hay "Des jeunes filles portant une aiguière", por ejemplo, conservando la nitidez de la línea, y su modelado ya era significativo. Comenzó en Perpignan por estudiar escultura durante un tiempo, con un maestro catalán. Después vino a París para ser pintor. Rechazado por Gerome, quien lo recibe con desagrado, se trasladó a las Artes Decorativas. Allí, — cuenta él, — se le dejó solo con Aquiles en un antifeatro sombrío; se salva entonces, yéndose al encuentro de Cabanel, de quien no puede más que felicitarse por haberle encontrado.

Más la pintura tampoco le daba la expresión formal soñada por él. Empezó por ese tiempo la realización de unas grandes tapicerías, hacéndolas ejecutar por el maestro Banyuls, a quien le ayudaban unas jóvenes, de las que una sería su esposa. Es en ese taller femenino donde esculpe en talla directa en la madera una bella figura desnuda de la colección Leroite. Maillol, había encontrado su camino: desde el primer momento hubo de lograr una armonía de bellos volúmenes carnales. Luego, las primeras figurinas de arcilla manifiestan en toda su plenitud sus cualidades plásticas.

Su maestría se afirma en las estatuas pequeñas y grandes de los últimos años. — La "Figura" de Octavio Mirbeau; la "Luchadora", "Joven sentada" de Volard; "Mujer de pie" de Fayet; "Mujer acurrucada", presentada en el Salón de 1905. En todas ellas se descubre una pasmosa combinación de planos y de perfiles garbosos, una unión perfecta de la relativa importancia de los volúmenes y, además, un modelado sabroso y una gran amplitud. La figura rellena del *Momentané a Blanqui*, en Pouget Teniers, "La mujer sentada" del Museo Hagen, "Las Cuatro Estaciones", de la Galería Morosoff, sobre todo *Pomona* y, en fin, el bajorrelieve del *Deseo* son, en sus diversos géneros, magníficos ejemplares que hablan muy alto del genio decorativo de Maillol. Quisiera insistir acerca del justo equilibrio de la *Pomona*, de su estilo y de la realidad, de la razón y de su sensibilidad; el ennoblecimiento de un modelado, que pudo ser vulgar, hace pensar en el mito de Afrodita surgiendo de la espuma salada, deslumbrante de belleza pura.

En la elaboración de la obra, ¿cuál es su criterio y su guía? No es, por cierto, el carácter del tipo escogido, pues se sirve de varios modelos, así como de vaciados y de fotografías en los que los elementos desemejantes constituirán la unidad. No es tampoco por el movimiento, ya que lo cambia durante y en el curso de su labor. Es simplemente el sentido exquisito, irreflexivo de la forma. Pocos, como Maillol, componen un conjunto de formas carnosas, la simetría de un torso, y toda ese sensual arquitectura que emerge de su imaginación. Le es necesario inventar su sujeto, y amoldar la materia según su instinto. Y así también para disciplinar la abundancia de sus dones,

para escoger entre miles elementos el más apto a satisfacerle, porque él, como los clásicos, necesita una restricción. Ese nieto de los egipcios, de los griegos y del delicioso Pradíere, se impone a sí mismo proporciones fijas, *canones*; y en sus modelos habituales ha precisado la medida, que él prefiere, componiendo un tipo ideal que los comprende a todos. Puede observar que acercándose sistemáticamente a las formas más lindas de la estera y del cilindro, tiende a realizar el consejo de Ingres, quien opinaba que las piernas



MAILLOL — Escultura

deben ser como columnas. Emplea por eso los medios indicados por el maestro: "para arribar a la belleza de forma, es necesario modelar redondo y sin detalles interiores." Pues: "la bella forma son planos rectos y redondeados". Y añade Ingres: "¿Por qué no se realiza el gran carácter? ¿Por qué, en vez de una gran forma, se la hace mezquina y pequeña?" Admirables fórmulas que resumen, en su cualidad, la más original, todo el arte de Maillol.

El sentido de lo real. — Así hemos definido cuáles cualidades pone en su obra y por cuál disciplina gobierna una imaginación concreta, que se nutre de realidad. Una modalidad artística como la de Maillol llegará al academismo si la esencia de la realidad no la vivificase en todas sus partes. Bajo la más ajustada síntesis es fácil percibir la emoción de la naturaleza. Ese gran clásico posee una sensibilidad de niño. No existe espectáculo familiar o banal que él no lo contemple con corazón nuevo y ojos ingeniosos. Ama con pasión todos los objetos. Preferirá aquel que vé al que imagina? Es una cuestión insoluble. Mas posee el don de la frescura en un grado indecible. Le he visto extasiarse ante una piedra, ante un retazo de pradera e inclinarse maravillado sobre la superficie lúcente de una pieza mecánica. Su ternura es inmensa, y de todo, para él, fluye un encanto distinto.

Si su curiosidad es de tal modo universal, si se preocupa ardentemente de las materias que emplea, las patinas; si adora inventar mezclas de tierra para modelar, es que, en efecto, nada de lo que

existe en la naturaleza le es indiferente. Es en todo un realista.

Sensualidad de Maillol. — Es también el secreto de la sensualidad, más griega que cristiana — es decir sexual — en la que su arte se complace. Las nucas combadas, los muslos llenos, las espaldas redondas, la dulzura del vientre, los senos estallantes, es donde su espátula y su herramienta se detienen en detallar todos los encantos femeninos. La antigüedad, que no amaba a la mujer por sí misma, nos dejó pocas figuras seductoras. Ningún romanticismo, ninguna literatura viene a complicar la visión joven que posee de esos bellos cuerpos creados para el amor, sin pudor y sin pasiones, bestezuelas de animalidad fina y sabrosa, Musas carnuadas y sanas, que en sus actitudes de abandono se aproximan a la madre tierra y que a veces se levantan sin movimiento en el esplendor de su desnudez: carnales arquitecturas que parecerían frías si no las animara el estremecimiento de la epidermis, la indecisión del gesto y la ternura que le confiere la exquisita torpeza de Maillol.

MAURICE DENIS
(Del libro *Aristides Maillol*, por M. Denis).

La situación del movimiento francés en 1890

Carta de Eliseo Reclus a su yerno Paul Reynier.
Clarens, 6 de mayo de 1890

Mi amigo e hijo,

Conoces sin duda las noticias de París (1), pero las resumo como si no las conocieras:

1. — Paul (2) no ha sido detenido; Athalin (3) se limitó a citarlo "a su barra" y a interrogarlo, pero con el deseo secreto, parece, de ponerlo fuera de causa;
 2. — Grave (4) no ha sido inquietado. Ningún perfil de agitación se ha mostrado en su buhardilla;
 3. — Cabot (5) ha sido puesto en libertad y compone ya el número próximo de *La Révolte*;
 4. — Los papeles confiscados han sido devueltos, pero se nos ha quitado bellamente nuestra prensa, calificada de "clandestina" para las necesidades de la causa;
 5. — Los anarquistas extranjeros, militantes o no, pagarán por los nacionales. Ese bravo Merlino, que acaba de escribir un artículo interesante en la *Revue Scientifique*, será ciertamente alcanzado. La opinión pública burguesa aprobará;
 6. — La dicha opinión aprobó igualmente la inauguración de un reino de terror contra los obreros, anarquistas o no. Constantinos podrá vanagloriarse de su moderación: se servirá de la vieja comparación: "mano de hierro, guante de terciopelo".
- Sea lo que quiera, el primero de mayo ha sido la gran fecha histórica. Por primera vez hubo solidaridad consciente entre todos los internacionales del mundo, y por instinto todos los burgueses han temblado.
- Afectuosamente, Eliseo.

- (1) Las noticias de París... Es el primero de mayo de 1890 que se celebró por primera vez de una manera verdaderamente consciente, esa fiesta internacional de los obreros. En la esperanza de poner a raya el movimiento anarquista que comenzaba a delimitarse claramente, el gobierno había tomado el partido del rigor. Se encaró sobre todo contra los estudiantes y algunos de ellos, contra los propagandistas extranjeros, Francesco Saverio Merlino era de ese número. Abogado italiano, comunista anarquista, autor de Socialismo y monopolismo y de L'Italie telle qu'elle est, etc., fue detenido con algunos otros por distribuir folletos a los soldados, y condenado por contumacia, porque consiguió evadirse. Se atlanó la imprenta de La Révolte y varios redactores fueron incriminados. No se sabe a consecuencia de qué maniobra política y policial, se devoto también a algunos reaccionarios, como el marqués Moré en otro.
- (2) Paul Reclus, hijo de Elías.
- (3) Laurent Athalin, juez de instrucción.
- (4) Jean Grave, administrador de La Révolte.
- (5) Cabot, tipógrafo de La Révolte.

FABRICA

Lo llaman Manucho; doce años; endeque, magro, Movedizo y ágil como una ardilla o como un pájaro, tiene en cada movimiento de su exiguo cuerpo la nerviosidad típica de un pequeño vagabundo porteño. Va a la escuela. Pero de tanto oír glosar la inutilidad de la instrucción, entre las blasfemias con que su padre matiza, dándole un sabor acre de fracaso, su charla maldiciente y renegada de borracho, hásele convencido de que la escuela es una distracción de niños ricos.

Y se pasa horas y horas sin hacer nada, adormilado bajo la enervadora caricia perezoza del sol, cuando no vaga por ahí, al azar, contemplando en ratos interminables, cualquier pernice callejero. Gústale entre otras fases del kaleidoscópico observatorio ciudadano ver salir o entrar a los obreros de las fábricas.

Para Manucho, la fábrica es una obsesión.

En cualquier momento, en cualquier circunstancia, la palabra fábrica asoma a sus labios como una flor, amarga de predestinación. En su casa, fábrica es un imán alrededor del cual giran como superpediatas a su nefasto influjo todas las conversaciones. Llega a su casa. — Papá? pregunta a su madre. — No volvió de la fábrica, es la invariable respuesta. Y Til-da? — Enferma, no fué a la fábrica. O sí no: La retaron en la fábrica: O la insultaron. O la suspendieron. Lo mismo su padre. Que rió, que discutió, que llegó tarde y así siempre el por qué, la causa, el tema, el origen de cualquier cosa, fatalmente, irremediamente es, la fábrica.

son esas expresiones que imaginaba ver. Todos los hombres que mira salir, siendo diferentes, son idénticos a su paso. Hoscos, brutales, hostiles, llegan a casa animalizados por la detención previa en la cantina o en el almacén. No, la fábrica no puede ser una escuela de trabajo, piensa. De la escuela salimos contentos, corremos, reímos, gritamos...

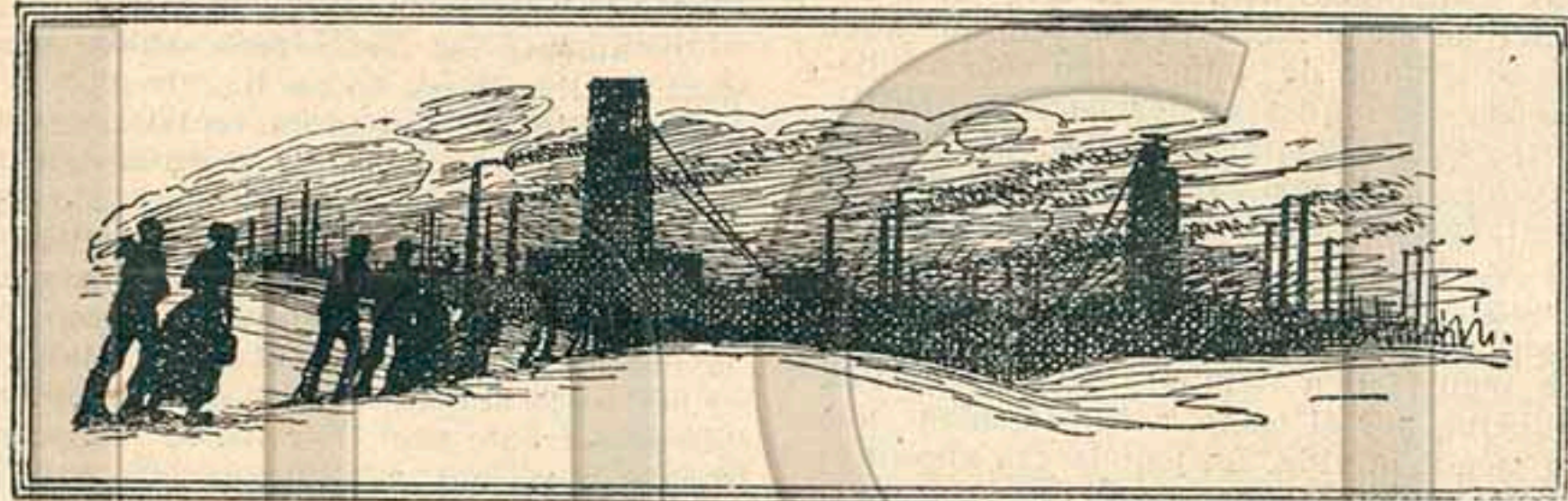
Pero los hombres cuando salen de la fábrica...

Posteriormente vienen los más jóvenes. Adolescentes, muchachos frizando los veinticinco años ponen una brevisima esperanza en el espíritu ensombrecido de Manucho.

Vése alguna faz sonriente, véese alguna carcajada; alguien corre, o grita, o bromea. Y sobre todo pasan de largo frente al almacén o la cantina, cuyas inmundas bocas son un vómito negro de borracho en las inmundas paredes.

¿Serán estos los que cumplen mejor su trabajo que la fábrica no los torna adustos y sombríos? Y mientras siguen desparpillándose como granos de un colosal racimo, Manucho los mira, empujefeido el corazón, como si una garra de hielo lo apretujara para que no liatiera tan violentamente... Su padre le ha dicho que mañana debe acompañarlo para trabajar en la fábrica como ayudante suyo.

Mayo; viento. El frío zahiere las carnes ateridas con dolorosos pinchazos de microscópicas agujas. El buen sol se ha



Y su imaginación de muchachuelo avizado desde la primera correría, a beber en las amargas fuentes de la realidad, asequible sin embargo a los encantos de la vida, que le prometen en las escuelas, forja una fábrica que es, que debe ser un ideal de bienestar y justicia.

La maestra decíale siempre que el trabajo es la ley, la dignificación del hombre. Entonces, si se va a la fábrica a trabajar, ella debe perfilarse en una radiosa aurora de acercamiento humano. Como una enorme escuela de trabajo, donde cada obrero es un alumno aplicado y entusiasta, inteligente, voluntarioso, que pone toda su nobleza de hombre bueno cumpliendo su deber. Y los ve, inclinados sobre la respectiva labor, sonrientes, felices, hombres en una palabra, entonando al ritmo de sus herramientas la canción siempre hermosa y fecunda del trabajo... ¡Oh! Si le permitieran ir a la fábrica...

Las cinco. Un sibido largo, uniforme, chirriante, viborea como un latigazo, hiriendo los tímpanos indiferentes de la ciudad.

Manucho desde la esquina atisba la puerta de la fábrica. Salen los obreros. En heterogénea caravana, como pájaros encogecidos, que ven la luz de pronto, salen. Mal humorados, cansados, ahitos de rabia y de impresiones se despararran en móviles manchas oscuras sobre la apizarrada ambigüedad de la perspectiva.

Y cada grupo es un pedazo de pueblo que fermenta y que odia. No hay en ningún rostro la más mínima huella de bondad o de satisfacción. Caras curtidas por el frío, oscuras, siniestras casi. Ojos duros en los cuales brillan con fugacidad de relámpagos toda una larga serie de impotencias y rebellenos.

Manucho observa y sus doce años reflexionan como doce injusticias. No, no

La farsa milagrosa

Después de la tanda de palos recibidos, tras de las represiones sangrientas y de una ferocidad inaudita que hubo de aguantar, el pueblo búlgaro intenta asirse a lo extraterrenal inventando un milagro que toma forma viviente en un campesino. A las pretéritas jornadas de pavor, al acounfaminto espiritual, subentra la confusina ansia de éxtasis interior, refugio final de las acobardadas y cándidas almas.

El nuevo y pintoresco personaje se llama Nicolás Philipov, campesino, quien residió varios meses en el monasterio de Rilo. Al convivir con la comunidad religiosa, los monjes pudieron observar que su cuerpo se hallaba cubierto de imágenes, cruces e inscripciones...

Como lo transcrito nos asemeja una fabulación fruituna, sigamos el hilo de la información cablegráfica a título informativo. Porque es curioso que a los monjes, siendo tan púdicos, se les antojase contemplar el cuerpo desnudo de su huésped temporal. Pero he ahí los detalles ulteriores:

"En el pecho presentaba dibujada en un tinte rojo azulado la figura de la Virgen, y junto a ésta, las de San Juan y San Pedro, y en la espalda aparecía la imagen de un ángel en el acto de matar a Satanás con una lanza. Phillipov manifestó a los monjes que las imágenes aparecieron en su cuerpo el día de Santa Bárbara, agregando que había caído en un estado de catalepsia, y que cuando des-

perió descubrió en su cuerpo los extraños dibujos. Los monjes le enviaron a una clínica anexa a la Universidad de Sofía, y hoy, después de varias semanas de investigaciones intensas y pacenas, los médicos se muestran todavía imposibilitados de explicar el fenómeno."

Lo dicho. Todo ello nos suena a mentira hueca y es nada más que una farsa urdida por la clerecía búlgara. Pero hay más. Afáde el cable: Bulzaria saludó su advenimiento como el de un santo, y lo ha bautizado, decimos nosotros, con esta leyenda, bastante extensa: *El hombre de las imágenes sagradas*. Acerca de su poder milagroso se ha hecho circular la fábula de que el campesino de marras predijo con dos días de anticipación el atentado de la bomba, realizado en la catedral de Sofía.

Cuando se mezcla la política a la religión, farsa otra vez. Estos dos poderes coaligados son los más grandes productores de chanchillos paradisiacos y autoritarios.

Comprueba, esta especie de Ho milagroso, lo dicho por Tolstoy, que un intelectual se parecía al antiguo príncipe Vladimiro de Galitzia, quien, en la onca centuria, proclamaba con énfasis que en sus tiempos ya no eran posibles los milagros.

Han transcurrido unos ochocientos años, y, mientras los intelectuales se repliten unos a otros que ya no son posibles los milagros, la gente y el pueblo en general, sigue creyendo que son posibles y aún en lo que es una patraña burda, aquélla se presta a adorarla, y en su fe ciega, cometer las mayores barbaridades.

RESUMEN DE LAS DOCTRINAS DE GODWIN

BASES GENERALES

La anarquía es un mal temible, pero el despotismo es más temible aún. Cuando la anarquía ha herido a centenares de individuos, el despotismo ha sacrificado a millones y más millones, no haciendo con ello otra cosa que perpetuar la ignorancia, los vicios y la miseria. La anarquía es un mal, de corta duración, mientras que el despotismo es casi inmortal. Sin duda alguna, es una temible medicina para calmar todas las pasiones agitadas de un pueblo, hasta el instante en que sus efectos presten nueva fuerza a la razón; pero cuando más terrible es una medicina, tanto más seguro es su resultado.

Nuestra suprema ley es el bien de la comunidad. Su esencia depende de la naturaleza de nuestra alma. La mayoría de las veces es exigido por todo lo que amplia nuestra educación y espolea nuestra virtud, por todo lo que nos llena de un noble sentimiento de independencia y limpia de obstáculos el camino de nuestra actividad.

El deber no es otra cosa que la especie y manera como un ser puede ser empleado para conseguir lo mejor posible el bienestar general. La justicia abraza todos los deberes morales; si algún sentido debe tener, es que será justo que yo coopere tanto como me sea posible al bienestar de la humanidad.

Virtud es el deseo de promover el bien estar de todo ser racional, y la medida de esta virtud responde a la fuerza de este deseo; la suma plenitud de este sentimiento consiste en un estado de ánimo, el bien que a los demás les acontece nos hace tan felices como el bien propio.

EL DERECHO

El Derecho es una institución que produce los más perniciosos efectos. Una vez que se ha comenzado a dar leyes, no es ya fácil dejar de darlas. Los actos humanos son distintos, y distintas son también su utilidad o nocividad. Cada vez que se presentan nuevos casos no previstos, se demuestra que las leyes son insuficientes. De manera que es indispensable estar haciendo constantemente nuevas leyes. El libro en que el Derecho introduce sus preceptos crece constantemente, y el mundo va a resultar muy pequeño para contener todos los cuadernos legislativos futuros.

No son capaces los hombres de dar una legislación en la manera como habi-

ROLANDO E. CARTASEGNA



tualmente se la entienda. La razón es nuestra única legisladora, y sus preceptos son invariables y por doquiera los mismos.

EL ESTADO

Todo gobierno representa en cierto modo lo que los griegos llamaban una tiranía. No hay más diferencia que en los países regidos despoticamente, el poder ejerce una presión uniforme sobre nuestro espíritu, mientras que en las repúblicas éste permanece movable, y el poder sigue más de cerca las corrientes de la opinión pública. Las instituciones políticas producen siempre el efecto de disminuir en cierto modo la movilidad de nuestro espíritu y cortar el vuelo a sus progresos. No deberíamos olvidar nunca que todo gobierno es un mal y significa la proscripción de nuestro propio juicio y de nuestra conciencia.

Es preciso distinguir cuidadosamente la sociedad del Estado. Los hombres se congregan primeramente para ayudarse los unos a los otros.

La sociedad y el Estado son diferentes entre sí y tienen diverso origen. La sociedad es un producto de nuestras necesidades; el Estado es un producto de nuestra maldad. La sociedad es en todo caso una bendición; el Estado es, en el supuesto más favorable, un mal necesario.

LA PROPIEDAD

El presente sistema de la propiedad es una institución jurídica que se opone entera y especialmente al bienestar de la colectividad. La sabiduría de los legisladores y de los representantes del pueblo se ha empleado en establecer la más mezquina y la más insensata repeticion que es al propio tiempo una ofensa a la naturaleza humana y un escarnio a los principios fundamentales de la justicia. El accidente de la descendencia amontona en manos de algunos hombres una monstruosidad de riquezas. Cuando alguno se convierte de mendigo en persona bien acomodada, se sabe que lo ordinario es que tal cambio no sea debido precisamente a su honradez o actividad licita. Los hombres diligentes y trabajadores de nuestra sociedad, difícilmente consiguen lo bastante para poder librar a sus familias de los rigores del hambre. Y si yo guardo el producto de mi trabajo, se me da cien veces más alimento del que puedo consumir y cien veces más vestidos de los que puedo poner-

Tras rejas y alambre de pua

(Conclusion)

Poco después de estallar la guerra, como habíamos previsto, se produjo en muchas industrias una crisis general, que afectó particularmente a los obreros de la parte oeste de Londres. En las condiciones dadas nadie podía predecir cuánto duraría este estado de cosas. Muchos de nuestros compañeros quedaron en la calle, y todos sentimos que debía hacerse algo para contrarrestar la miseria más apremiante. En la parte este de Londres la situación era peor aún, si cabe. La mayor parte de nuestros camaradas alemanes había perdido el trabajo, porque los patronos tenían sencillamente miedo a continuar ocupando alemanes y a concitar la denuncia pública de la prensa amarilla. Así, pues, se reunieron los camaradas franceses y alemanes y fundaron una "cocina comunista" para sostener a flote de ese modo a los desocupados. Algunos camaradas peritos en el noble arte culinario asumieron la dirección técnica de la cocina. Los desocupados les ayudaban pelando patatas, limpiando verduras, lavando los platos, etcétera. Los compañeros que no habían perdido aún su empleo, socorrían la cocina según sus fuerzas, comiendo en ella y cooperando al sostenimiento de la empresa mediante contribuciones voluntarias. Era un hermoso cuadro ver a esos obreros franceses y alemanes que se habían agrupado, inspirados por el más hondo espíritu de humanidad, para ayudarse recíprocamente mientras en el continente, fieles a las órdenes férreas del Estado, procuraban quitarse mutuamente la vida millones de proletarios.

Poco después seguimos nosotros el ejemplo de los compañeros franceses y alemanes y fundamos también en la parte oeste de Londres una cocina comunista. Se alquiló un gran local, se construyeron rápidamente mesas y bancos y cada hogar contribuyó con los utensilios de cocina necesarios. Nuestras compañeras asumieron la dirección de la empresa y se sucedían mutuamente en la compra de los productos y en la cocina. Los camaradas desocupados les ayudaban a realizar los trabajos más pesados y en pocos días marchó todo a la mar maravillosa. Después de las comidas se organizaban lecciones o se discutían los más importantes problemas del día. Se advertía en todas partes un magnífico espíritu; parecía como si la horrible catástrofe que había involucrado toda Europa en su torbellino, hubiera anudado más firme y más íntimamente los lazos de la solidaridad entre nuestros camaradas.

Kropotkin, que simpatizó particularmente siempre con el movimiento obrero judío de Londres, se interesó por nuestra empresa y nos visitó en círculo íntimo para hacerse explicar la organización interna de nuestra cocina comunista, que mencionó laudativamente poco después en un artículo de *Freedom*. La organización era bastante sencilla. No se había fijado un determinado precio por las comidas. Cada cual daba lo que podía y el que no tenía nada era tan bienvenido como los demás. Una parte de los compañeros que trabajaban aún, pusieron regularmente su salario semanal a disposición

me. ¿Dónde está aquí la justicia? Si yo soy el hombre más venturoso del género humano, ¿es éste un motivo para que se me dé lo que no necesito, sobre todo cuando lo que tengo yo superfluo podría ser de la mayor utilidad a miles de individuos?

El amontonamiento de propiedad reduce a la nada la fuerza del pensamiento, apaga la chispa del genio y ahoga la gran masa de los hombres en fuentes turbias. Pero al rico le quita el impulso más saludable y más vigoroso para la acción; y con lo que tiene de superfluo no puede comprar nada más que boato y hastío, nada más que tristes satisfacciones, y devolver al pobre, bajo la forma de limosna, aquello que a la razón es un indiscutible derecho.

W. W. W.

de la cocina. Otros que después de largas semanas de desocupación habían encontrado al fin empleo en alguna ciudad de provincias, enviaban desde allí regularmente su óbolo para fomentar esa obra de solidaridad práctica y de ayuda recíproca según sus fuerzas. Muchos de nuestros camaradas casados no dejaban de acudir a comer a la cocina de la comuna con sus familias por lo menos un par de veces a la semana. En una palabra, se reveló entonces un espíritu en nuestras filas como apenas se encuentra de ordinario en las fases juveniles de un movimiento.

Como estábamos convencidos de que íbamos al encuentro de tiempos difíciles, resolvimos disminuir el formato de nuestro periódico para poder sostener mejor la publicación. Al mismo tiempo lanzamos un manifiesto a los compañeros del extranjero, especialmente de América, rogándoles que nos ayudasen según sus posibilidades para hacer frente a todas las eventualidades. Al mismo tiempo encontramos entre nosotros al viejo amigo Dr. M. A. Cohn y su buena compañera. Ambos habían emprendido antes de estallar la guerra un viaje por Europa y habían sido sorprendidos por la catástrofe en Viena. Sólo con gran esfuerzo consiguieron en calidad de americanos, llegar a la frontera suiza y desde allí dirigirse por París a Londres. Ambos se alegraron mucho de nuestra actitud con respecto a la guerra y más aún de la actividad que desarrollábamos. Visitaron nuestra cocina y compartieron con nosotros nuestra frugal comida. Como yo, en tanto que "extranjero enemigo", no podía salir de la circunscripción de cinco millas inglesas alrededor de mi domicilio, no pude acompañarlos a casa de Kropotkin, que habitaba entonces en Brighton, y dejé a mi compañera que oficiase de Cicerone. Pero fui con mi amigo a casa de Malatesta, cuya habitación no estaba alejada de la mía.

Malatesta nos recibió con su habitual cordialidad. Nuestra conversación giró naturalmente en torno a la guerra y a sus posibles consecuencias. Desde hacía algún tiempo no había visto a Malatesta. Nos encontramos por última vez poco antes de estallar la guerra. Era entonces bastante optimista y sostenía la opinión de que las clases dominantes difícilmente se dejarían llevar a una catástrofe de tanto alcance, que en última instancia — de ello estaba firmemente convencido — debía abocar a una era de violentas conmociones revolucionarias en toda Europa.

Malatesta había llegado poco antes de Italia. Fue allí el alma de la gran insurrección de junio 1914 que sólo pudo ser dominada por el gobierno con grandes dificultades. Estuvimos entonces muy preocupados a causa suya, pues la policía italiana se esforzó por echar mano al viejo rebelde. La primera noticia de que Malatesta había caído en manos de la policía no se había confirmado, felizmente. Poco después difundió la prensa la leyenda de que se había ocultado en la pequeña república de San Marino. Tanto mayor fué nuestra alegría cuando repentinamente apareció en Londres sano y salvo. Mientras lo buscaba en Italia todo un ejército de agentes secretos, había conseguido, disfrazado de campesino, escapar por la frontera suiza. Había tenido que sacrificar su barba. No obstante la opresión de la subversión, Malatesta estaba muy esperanzado y lleno de slabanzas para el magnífico espíritu de que estaba penetrado entonces el movimiento obrero de Italia. Después de su llegada a Londres dió una conferencia en un club alemán describiéndonos objetivamente sus últimas experiencias. Como es ordinario, habló en francés y yo traté sus manifestaciones, que causaron en nosotros una gran impresión, en alemán.

El sentimiento de esperanza que traje consigo Malatesta de Italia, era sin duda la causa principal de lo que al principio no apreciaba mucho el peligro de la guerra amenazadora. Pero estábamos ya ante los hechos consumados. Cohn relató las impresiones que había recibido en Viena y durante su viaje aventurero a Londres. Malatesta juzgaba la situación muy seria, pero defendía como antes el punto de

vista de que la guerra concluiría en una gran época revolucionaria. — Se había hecho en Inglaterra el comienzo del infierno de los alemanes, y nuestra conversación llegó a ese asunto. Malatesta golpeó en mis espaldas y observó risueño: "¿No es verdad? en ti no sospechará el gobierno inglés un espía del kaiser y te dejará libre." Yo no podía compartir esa concepción optimista y le respondí sonriendo que estaba preparado previsivamente para todas las sorpresas. Con especial acritud juzgó Malatesta la actitud que había asumido Kropotkin, Tcherkesoff, Grave y algunos otros camaradas frente a la guerra. Yo traté de exponer los motivos de esa posición, como me la explicaba yo mismo, pero él no quiso aceptar mis objeciones. Nos separamos por fin, y algunos días después partieron nuestros amigos americanos para New York, donde se hacían toda suerte de conjeturas sobre su suerte.

Entretanto, el desenvolvimiento de las cosas siguió su curso inevitable. La salvaje campaña de la prensa de Northcliff contra los alemanes de Inglaterra había incitado al pueblo a un estado de ánimo verdaderamente morbos. Por doquiera se atisbaban espías alemanes. En todo accidente desgraciado del azar se reconocía la mano invisible del "extranjero enemigo". Como el gobierno vacilaba aún en proceder a los arrestos en gran escala, debido más tal vez a que no sabía dónde alojar a todos los detenidos que a humanitarismo, recurrieron los "patriotas" a otros medios. Tomaron como modelo los métodos de los cien negros en Rusia y organizaron programas contra la población alemana. A mediados de octubre se agruparon en Deptford, Old Kent Road, Brixton y algo después también en otras comarcas de Londres, principalmente en Poplar, grandes masas humanas y atacaron los negocios de los pequeños comerciantes alemanes. Toda la cosa llevaba en sus indignantes detalles el carácter innegable de un programa ruso, sólo que aquí no se trataba de judíos, sino sólo de alemanes. Se saquearon los negocios, se penetró en las habitaciones, destruyendo los muebles y arrojando las ruinas por las ventanas a la calle. En algunos casos hasta se trató de poner fuego a las casas. Felizmente las víctimas indefensas de esos salvajes ataques pudieron ponerse en seguridad a tiempo; algunas de ellas huyeron por el techo, a fin de salvar por lo menos la vida. La policía era absolutamente impotente y se debió proceder militarmente para dominar los tumultos. Numerosas personas fueron arrestadas, entre ellas algunos soldados que habían tomado parte en los programas. Se ordenó a más de cuarenta detenidos, pero esos pobres diablos eran seguramente los más inocentes en todo el asunto. El que no era ciego pudo ver de inmediato que no se trataba de explosiones espontáneas de la ciega cólera popular, sino de desórdenes artificialmente organizados, que sólo tenían por objeto obligar al gobierno a los internamientos en masa de los "extranjeros enemigos". Los verdaderos autores de la cosa se mantenían, como siempre en tales ocasiones, cuidadosamente tras los bastidores, y dejaban a los pobres diablos que habían seguido sus instigaciones, arreglarse como pudieran. Por lo demás, el gobierno difícilmente habría tenido el valor para proceder contra los verdaderos cabeceles, que no le eran seguramente desconocidos.

La táctica de los programas no dejó de tener el efecto propuesto. El gobierno multiplicó los arrestos de alemanes y se sirvió desde entonces del hermoso pretexto de que en consideración a la excitación general estaba forzado a internarlos "a causa de su propia seguridad". Para tranquilizar los ánimos excitados hizo saber el gobierno que se internaría a todos los "extranjeros enemigos", sin hacer determinadas excepciones. Bajo esas circunstancias debimos nosotros, es decir mi amigo Linder, el administrador del periódico, un austriaco, y yo — esperar de un instante a otro el arresto cuando el "Arbeiterfreund" había adoptado la actitud más severa imaginable con respecto a la táctica de los programas de los chauvinistas y contra la guerra en general. Lanzamos por tanto un manifiesto a los camaradas, que apareció en el número del 23 de octubre, estimulándolos a continuar fieles a la hoja, aunque a nosotros dos no nos estuviera permitido cooperar en su edición. Apenas quedó listo ese número, Linder fué arrestado. Simultáneamente habían tenido lugar numerosos arres-



En rústica, \$ 1.50; en tela, \$ 3.50.

tos en la parte este. La policía había invadido el local de reunión de los compañeros alemanes y arrestó a los presentes. En la parte oeste, además de Linder habían sido detenidos el compañero H. Freund y a algunas semanas antes nuestro viejo camarada L. Suss.

La prisión de muchos camaradas nos puso ante nuevos y graves problemas. La mayoría de los compañeros internados carecía en absoluto de medios; y había que socorrerlos. Publiqué en ese sentido un manifiesto en el *Arbeiterfreund*, calorosamente acogido por los lectores. Se formó un comité especial cuya misión era recoger sistemáticamente socorros para los camaradas internados. Yo no fui miembro de esa corporación, porque debía contar de un momento a otro con mi arresto. Lily Witkop-Rocker asumió el puesto llo de responsabilidad del secretariado, que conservó con gran abnegación y fidelidad hasta el día de su prisionamiento, diez y ocho meses más tarde.

Justamente en esa época había una gran excitación en todos los círculos del movimiento anarquista en Inglaterra. Observé ya antes que nuestro círculo íntimo, que mantenía con Kropotkin relaciones personales desde hacía muchos años, conocía sus opiniones sobre la guerra. Pero mientras no diéa su opinión a la publicidad, no poíamos manifestar en el periódico nuestra actitud clara y abiertamente frente a él. Por fin se había resuelto el mismo, a anunciar sus puntos de vista, y lo hizo en su conocida carta dirigida al profesor sueco Steffen, en la que expresó claramente toda su actitud.

Me había enviado una copia de esa carta, que publiqué de inmediato en el *Arbeiterfreund*. Entonces fué preciso adoptar una posición clara y ajena a toda ambigüedad, pues una vía intermedia estaba excluida aquí. El asunto me afectó mucho, más de lo que sospecharon la mayor parte de mis amigos. Kropotkin había sido, por decirlo así, el mayor acontecimiento de mi vida. El estudio de sus escritos había dado a mi desenvolvimiento espiritual una determinada dirección, que la hizo decisiva para toda mi vida ulterior. Además me unía a él el lazo de una amistad personal de muchos años. Era para mí uno de los seres más queridos que encontré en mi existencia, y mi veneración personal hacia él era ilimitada. Bajo tales circunstancias no era para mí cosa fácil el tener que hacerle frente abiertamente. Pero se trataba de un problema de conciencia y no podía, no debía existir ninguna vacilación. No hay duda, lo que Kropotkin decía era la expresión de su convicción más íntima y más profunda. Algunas de sus manifestaciones hasta me parecieron completamente fundadas, pero su punto de vista en general, según mi opinión, era erróneo y debía tener funestas consecuencias para el movimiento. Esa opinión no sólo era mía, — la gran mayoría de los compañeros en Inglaterra y en todos los demás países sostenían esa convicción, aunque daban diversas explicaciones de las causas de la actitud de Kropotkin.

Aquellos de nosotros que tenían amistad personal con Kropotkin sabían, que ya en el tiempo de la guerra ruso-japonesa de 1904 y después, en el período de la guerra de los Balcanes en 1912, defendió un punto de vista que a algunos nos pareció muy extraño. Por tanto se inclinaban también muchos de sus amigos íntimos, cuando conocieron su actitud ante la guerra mundial, a la opinión de que se trataba de un prejuicio heredado que ha-

bia absorbido Kropotkin por decirlo así con la leche materna y del que, según su opinión, no pudo librarse nunca. No se trata de investigar aquí hasta qué punto era o no fundamentada esa opinión. Hasta es posible que contenga un trozo de verdad. La causa principal de su actitud de entonces hay que buscarla, según mi manera de ver personal, en su concepción especial de la historia moderna.

Hay historiadores que se pierden demasiado en los detalles de una cierta época y apenas son capaces de reconocer y de señalar los rasgos esenciales de la misma. Kropotkin era, por decirlo así, un tipo opuesto a esa categoría de investigadores. Su perspicacia analítica y su brillante capacidad para deducir de hechos dados profundas conclusiones sintéticas, nos hacen conocer siempre claramente los rasgos principales de una época; pero le ocurría no raramente que pasaba por alto ciertos detalles o los apreciaba insuficientemente, no obstante ser a menudo de gran importancia para la comprensión de un período histórico. Una facilidad tan característica, propia de los grandes espíritus ordinariamente, tiene sin duda sus ventajas innegables, pues nos hace comprender claramente el núcleo esencial de una cosa. Sin ella no habría podido ser nunca escrita una obra tan hondamente cavada como "El Apoyo Mutuo". Pero tiene también sus desventajas, que no debemos desconocer, si no queremos caer a menudo en los más extraños extravíos.

El período histórico que Kropotkin estudió más detenidamente, fué el de la gran revolución francesa. Ya poco después de su fuga de Rusia, se ocupó del estudio de las fuentes de aquella formidable época y ya entonces nació en él el pensamiento de escribir una obra sobre aquel poderoso movimiento que se extendió por toda Europa como un huracán. El largo período de la reacción que comenzó después de la decadencia de las viejas instituciones comunistas y con el desenvolvimiento de los grandes Estados de Europa en el curso de los siglos XVI y XVII, fué repentinamente interrumpido por el estallido de la revolución francesa. Un viejo mundo cayó en ruinas, y nuevas perspectivas, insospechadas, se abrieron en todos los dominios de la vida social. Kropotkin vio con derecho en todas las sublevaciones revolucionarias que se sucedieron en Europa, y especialmente en la época revolucionaria de 1848-49 sólo efectos directos y continuaciones de los grandes sucesos de 1789-1794. Además, toda la ideología de los grandes pensadores socialistas franceses que desarrollaron sus teorías en la primera mitad del siglo pasado, nació en gran parte del espíritu de la gran revolución. De ese modo fueron los franceses el pueblo revolucionario de Europa, la levadura de nuestra moderna evolución social.

La guerra franco-prusiana de 1870-71 puso un fin súbito a esa evolución. El nacimiento del Estado militar alemán bajo la soberanía de Prusia y la anexión de Alsacia y Lorena crearon en Europa una nueva situación política y dieron otra dirección a todo el desenvolvimiento social. La dirección espiritual del continente había caído en manos de un pueblo que no poseía ninguna suerte de tradición revolucionaria y cuyos jefes se disponían a imprimir a toda su evolución interna un sello estrictamente militar. Así surgió en Europa un nuevo período de reacción — la reacción del militarismo moderno y del Estado burocrático que había calificado ya Bakunin de período del "bismarckismo". Francia, que yacía doblemente quebrantada por la pérdida de la guerra y por la espantosa derrota de la Comuna de París, se vio forzada a concentrar todas sus fuerzas en la conservación de su independencia nacional, amenazada continuamente por la política de violencia de Bismarck. Así nació una época de nacionalismo llevado al extremo y se parecía a un campamento armado que consumía partes cada día mayores de las rentas nacionales de los pueblos. Pero cuanto más se militarizó Europa, tanto más se fortaleció la reacción en todos los dominios y opuso naturalmente obstáculos más y más grandes en la vía de la evolución social natural.

Esos eran, según mi opinión, los pensamientos de Kropotkin. Cuando estalló la guerra en agosto de 1914 y los ejércitos alemanes invadieron a Bélgica, no quedó para él más que una solución: oponer a la invasión alemana una Europa occidental unida y derrotar a Alemania a todo precio. Tengo la sensación de que en esa convicción fué influido menos por un patriotismo ruso heredado, como sostuvieron algunos de sus viejos amigos, que por el deseo que le animaba de salvar el espíritu libertario — la herencia de la gran revolución — en Europa. Estoy convencido también que Kropotkin no era tan ingenuo como para apreciar a los hombres de Estado de los aliados más altamente de lo que valían en realidad. Si, no obstante, se puso sin condiciones al lado de la Entente, según mi manera de ver, sucedió tan sólo porque estaba convencido de que debido a la cultura característica de los pueblos de la Europa occidental, los gobiernos de los mismos serían forzados a tener más en cuenta las tradiciones libertarias. Comparados con los gobernantes de la Alemania militar, vió en ellos al menor de los males.

En qué grado correspondían esos pensamientos a la realidad y, particularmente, si justificaban las conclusiones que había deducido de ellos, era naturalmente otro asunto. Yo pude comprender su punto de vista y supe dignificar sus causas, pero, con la mejor voluntad, no pude compartir sus conceptos en este problema. Al contrario, las conclusiones de Kropotkin me parecieron estar en flagrante contradicción con los principios más elementales del anarquismo. En este sentido le respondí en cuatro largos artículos del *Arbeiterfreund*, que aparecieron en octubre y noviembre. Hoy, cuando escribo estas líneas, han pasado ya casi nueve años desde aquellos terribles días. Un enorme fragmento de historia se ha desarrollado, y algún juicio rápidamente emitido entonces ha experimentado una corrección fundamental. Pero debo confesar que no tengo nada que retirar de mis manifestaciones de entonces; al contrario, mucho de lo que he dicho ha sido confirmado completamente por los acontecimientos de los años siguientes y ha sido justificado. No estoy orgulloso por ello, más bien hubiera preferido equivocarme.

Después que se hizo pública la actitud de Kropotkin con respecto a la guerra, se promovió en todo el mundo anarquista una discusión apasionada. El problema del por y del contra fué pesado con gran violencia, en la cual los límites de lo objetivamente admisible han sido superados por desgracia algunas veces. En España se opusieron los compañeros como un solo hombre a Kropotkin, y de los conocidos anarquistas españoles fué sólo Ricardo Mella el que rompió una lanza por las opiniones de Kropotkin. En Italia los camaradas adoptaron la misma posición. Todo el movimiento, con excepción de un par de "individualistas", se volvió contra Kropotkin. Lo mismo pasó en el resto de los países; sólo en Francia se manifestó un pequeño número de compañeros — entre ellos Jean Grave, Charles Malato, Charles Albert y algunos otros — por los puntos de vista de Kropotkin. Malato y Cornelissen habían ido de París a Londres para influenciar a los camaradas en ese sentido. Una conferencia internacional debía ser convocada con ese fin, pero la actitud de la gran mayoría de los camaradas de Londres era tal que los iniciadores del plan desistieron al fin.

Algunas semanas después — a mediados de noviembre — se celebró una reunión en el local de nuestro órgano hermano inglés, *Freedom*, en la que participaron compañeros de las más diversas nacionalidades. Malatesta, Tcherkesoff, Kell, Schapiro y una gran serie de compañeros conocidos estaban presentes, y el debate que se inició adquirió a veces un carácter en extremo apasionado. Tcherkesoff que compartía el punto de vista de Kropotkin y que lo amplió en algunas partes, habló del formidable peligro que significaría una victoria de Alemania para toda la evolución libertaria de Europa. Expresó el convencimiento de que una evolución de las cosas en ese sentido tenía una significación justamente catastrófica para todo el movimiento obrero y condenaría un período de reacción general como jamás se ha visto otro. Por esa razón decía que debíamos ponernos de parte de los aliados incondicionalmente y que nuestro deber como revolucionarios y anarquistas era fomentar la guerra con

fodas las posibilidades para producir una derrota definitiva de Alemania.

Malatesta, que había interrumpido ya algunas veces violentamente a Tcherkesoff, apenas pudo contenerse. Sus ojos negros despedían formalmente chispas. Yo no lo había visto nunca tan excitado como esa noche. Se volvió con gran seriedad contra Tcherkesoff, de quien era amigo desde hacía muchos años, y calificó sus opiniones de negación de todos los principios anarquistas. Según su manera de ver, se trataba de una guerra como todas las otras exclusivamente en interés de las clases dominantes, pero de ningún modo en interés de los pueblos. Otra cosa sería — dijo — si los trabajadores de Francia y de Inglaterra hubieran conquistado realmente su patria, es decir, si la tierra, los medios de producción y los productos del trabajo estuvieran en manos de la comunidad. En ese caso sería, claro está, deber de los trabajadores oponerse a la invasión extranjera, y todo verdadero revolucionario debía apoyarlos en sus luchas. Pero hoy las cosas están de otro modo, y los trabajadores, no importa a qué parte combatan, sólo desempeñan el papel de carne de cañón en favor de intereses que son diametralmente opuestos a sus intereses propios.

También Malatesta era de opinión que una victoria de Alemania sería el comienzo de un período de reacción general en Europa; pero defendía al mismo tiempo el punto de vista de que una victoria de Francia y de Inglaterra llevaría igualmente al mismo resultado. Una victoria francesa, según Malatesta, significaría un enorme vuelco de la reacción realista y clerical en Francia, que bajo ciertas circunstancias podía culminar hasta en la caída de la república. En todo caso en semejante condición se produciría un período de escisiones internas y de desmentamientos en el movimiento obrero francés que lo incapacitaría por muchos años para toda acción revolucionaria. Al concluir dijo Malatesta que, después que los trabajadores no habían impedido la guerra, también consideraba deseable una derrota de Alemania, pero por otros motivos que Tcherkesoff y Kropotkin. Una derrota de Alemania, según su opinión, debía conducir a una revolución en Alemania, y

en ese caso probable, sostenía que la ola revolucionaria se extendería a otros países también.

Después de una violenta refutación de Tcherkesoff, que por lo demás no aportó al debate ningún nuevo punto de vista, desarrolló también yo en algunas palabras mi manera de ver expuesta ya en el *Arbeiterfreund* y que en lo esencial armonizaba con las ideas de Malatesta. También defendieron los otros camaradas idénticos conceptos y Tcherkesoff quedó completamente solo. No nos pudimos vencer recíprocamente y nos separamos a altas horas de la noche en un estado de ánimo bastante tirante, que se expresó fuertemente en especial entre Malatesta y Tcherkesoff.

Entre tanto, en nuestra situación de "extranjeros enemigos" se había producido un pequeño apaciguamiento. Los arrestos se paralizaron de repente, probablemente porque no se sabía en realidad qué hacer con los presos, pues no se había tomado ninguna especie de disposiciones para el internamiento de tantos hombres. Hasta se puso de nuevo en libertad una pequeña parte de los internados, entre ellos a nuestro amigo Linder. Este reparé descompuesto y se pudo comprender que sus experiencias en el "Olympia" no habían sido tan osadas, sin que necesitara relatarlas.

La liberación de Linder hizo suponer a muchos que no había que temer nada por mí en lo sucesivo. Pero yo sentí instintivamente que esa esperanza era engañosa. Es verdad, si me hubiera abstenido en mis opiniones, no se me habría tal vez molestado. Pero no lo hice. Me habría considerado despreciable si en aquel tiempo en que eran tan raras las voces de la verdad y la razón, me hubiera impuesto una prudente reserva. Todo menos eso. Cuando me dispuse a responder públicamente a Kropotkin, supe fijamente lo que me esperaba. Estaba tan firmemente convencido de que se me arrestaría, que había arreglado ya mi pequeña valija, estando dispuesto a cada minuto a emprender la marcha hacia el "Olympia". Mi suposición no me engañó. Apenas apareció el último de mis artículos tuvo lugar mi arresto.

RUDOLF ROCKER

Informe oficial del segundo congreso de la Asociación Internacional de los Trabajadores

Celebrado en Amsterdam del 21 al 27 de Marzo de 1925

Santiago pone a discusión la regulación de las relaciones de la A. I. T. cuando en un país existen dos organizaciones, una adherida y otra que quiere adherirse. Si hay ya una organización adherida, la otra no podrá entrar en relación con la A. I. T. sin previo acuerdo con ella. Kater sostiene que en tales circunstancias, antes de aceptar relaciones con la organización que quiere adherirse debe conocerse la opinión de la organización adherida. Schapiro dice que el caso de la Argentina se ha dado ya en otros países y que por tanto debía formarse una comisión que se ocupara del asunto. Souchy menciona en esa ocasión que el Bund Herrschaftloser Sozialisten de Austria desea ser recibido en la A. I. T. Una organización sindicalista no existe en Austria; el Bund es anarquista, pero hace propaganda sindicalista. Kater se expresa contra la aceptación de esa organización, porque no es favorable, sino que es contraria a una organización sindical, y podría prevalecer su posición para obstaculizar el desenvolvimiento de un movimiento obrero sindical. Schapiro propone que el secretario participe al Bund que por ahora no puede ser aceptado, que se quiere esperar hasta saber si es posible o no en Austria un movimiento sindical revolucionario. El congreso se manifiesta de acuerdo. La sesión se levanta para que puedan trabajar las comisiones.

Cuando se vuelve a reunir el congreso, la noche del miércoles, Souchy presenta el informe de la comisión de redacción sobre la acción internacional de la A. I. T. La resolución propuesta es aceptada. "Cada central nacional creará una comisión de acción internacional bajo la presidencia de su representante titular en

la comisión administrativa de la A. I. T. o de su suplente. Esa comisión emprenderá el trabajo necesario para realizar el apoyo práctico del proletariado revolucionario de los países respectivos a todo movimiento o a toda agitación o propaganda que salga de los límites de un solo país.

2. Que la organización del país directamente interesada en la urgencia del apoyo internacional ha á conocer inmediatamente a la comisión administrativa de la A. I. T. la situación exacta de la crisis y bajo qué forma considera posible el apoyo de la A. I. T.

3. El secretariado de la A. I. T. envía inmediatamente a las comisiones de acción internacional todas las organizaciones adherentes (y donde no existen, a las organizaciones mismas) toda la documentación necesaria, las proposiciones que le han sido transmitidas y las que la comisión administrativa de la A. I. T. o el secretariado consideren oportunas.

4. La comisión de acción internacional, según el carácter de la agitación que decida emprender, debe tratar de obtener la colaboración de organizaciones proletarias sindicales, revolucionarias u otras en la obra emprendida por ella.

5. Las comisiones de acción internacional presentarán una vez al mes al menos un informe sobre su actividad a la central nacional correspondiente y enviarán una copia de ese informe al secretariado de la A. I. T.

Se establece por sí mismo, que en caso de persecuciones, prisiones o hechos que lleguen al conocimiento del mundo entero por intermedio de las agencias telegráficas, etc., y que necesiten una respuesta inmediata de parte del proletariado,

las comisiones de acción internacional deben emprender inmediatamente el trabajo sugerido por cada caso particular sin esperar las circulares o instrucciones de la A. I. T."

La decisión de formar federaciones nacionales de industria fué aprobada con la abstención de Argentina, Uruguay y Méjico. Se nombraron tres secretariados, los obreros de la construcción de Portugal, los metalúrgicos de Alemania y los marineros de Holanda.

Sobre el punto 9, la juventud sindicalista, hace uso de la palabra Silva Campos, Portugal. Dijo que la juventud es apoyada en Portugal por los sindicatos adherentes a la C. G. T.; en el movimiento de la juventud toman también parte elementos intelectuales. Eso es de gran significación en Portugal, donde un 75 por ciento de la población es analfabeta. El movimiento juvenil ha creado en Portugal instituciones instructivas propias, en las que los jóvenes obreros y los aprendices son instruidos general y técnicamente. Los compañeros jóvenes toman parte en la lucha de los adultos, a menudo la juventud ocupa el primer puesto cuando se trata de demostrar valor y voluntad combativa. La juventud sindicalista de Portugal no es pacifista, sino que cree que la violencia está llamada a curar los males del actual orden social capitalista.

La juventud debe instruirse teórica y dialécticamente, hasta que esté en situación de suplantarse algún día a los viejos. Pero la juventud debe saberse limitar a su misión y concentrar su dominio de trabajo a la conquista de la juventud proletaria, a su instrucción y a su capacitación para la lucha. El orador propone una resolución que recomienda a la aceptación del congreso.

El compañero Betzer, de las juventudes de Alemania, hace uso de la palabra. Examina la historia del desenvolvimiento de la juventud anarquista sindicalista en Alemania. En la conferencia de las juventudes en Düsseldorf, en 1921, dominó una gran confusión. Algunos elementos se acababan de emancipar de los ideas autoritarias y creían hallar la salvación en la desorganización y el individualismo. En el curso de los dos años siguientes se llegó a una buena evolución, de tal modo que en el congreso de Erfurt fueron expulsados de la Juventud anarquista sindicalista los adversarios de la organización. En la tercera conferencia de Magdeburgo se aprobó una conferencia del camarada Albrecht sobre la actitud de la juventud anarquista sindicalista con respecto a la violencia y sobre la organización sistemática de la juventud sobre la base del sindicalismo revolucionario y del comunismo libertario. Se llegó a una discusión con Ernst Friedrich que quería atraerse la juventud y que convocó para Leipzig una conferencia internacional antimilitarista. Friedrich fué excluido definitivamente, y en la conferencia de Hannover, diciembre de 1924 se colocó la juventud anarquista sindicalista en el punto de vista de conservar sus opiniones a toda costa y de tomar parte activa en las luchas cotidianas del proletariado. Durante la ocupación del Ruhr por el militarismo francés y belga, nuestros jóvenes camaradas han debido realizar una dura lucha contra las olas nacionalistas alimentadas por los partidos políticos. Los predicadores del pacifismo han sido puestos al margen. En Hannover se resolvió emplear todos los medios, incluso la lucha armada, contra la violencia estatal.

Actualmente la juventud anarquista sindicalista de Alemania posee 180 grupos locales con unos 2.500 o 3.000 miembros. Se publica un periódico quincenal. Ese órgano se manifiesta por la lucha cotidiana revolucionaria y halla un gran eco entre la juventud. El orador desea que la A. I. T. favorezca la agrupación internacional de las juventudes anarquistas y sindicalistas y proponga al congreso que comisione a la organización de las juventudes de Portugal para tomar en sus manos la preparación de un congreso internacional.

manifiesta que tiene también una credencial de la juventud anarquista sindicalista de Alemania para este congreso, pero que no tiene nada que añadir a lo dicho por su joven camarada, pero quiere indicar que en el pasado existieron entre las juventudes alemanas elementos dudosos que se han dirigido a las camaradas del extranjero en demanda de apoyo económico. Es preciso prevenirse contra esos elementos. Solamente se deberá atender una carta de una organi-

zación juvenil reconocida por la A. I. T. cuando esté provista del correspondiente sello y de la firma.

Rousseau lamenta que la premura de tiempo no permita entrar a discutir el problema de la juventud. En 1915 se fundó en Holanda una organización juvenil sindicalista. El orador ha experimentado que en la juventud hay muchos soñadores y la misión de nuestra propaganda debería consistir en despertar en la juventud los sentimientos de clase para que pueda en el futuro combatir por la liberación de los trabajadores. El orador muestra algunos folletos editados en Holanda para la juventud en el sentido de la educación racionalista de Ferrer. La juventud debe ser interesada en la lucha y ser organizada en las fábricas. En Francia, que él sepa, hay también grupos juveniles libertarios. Se debía entrar en contacto con ellos.

La resolución presentada por la U. S. I. es pasada a la comisión de redacción. Luego es aprobada. He aquí el texto:

"La organización sindical de la clase obrera es renovada continuamente por la afluencia de la juventud. En lugar de los que caen en la lucha, se fatigan o envejecen, aparece la juventud proletaria que lleva al sindicato sus frescas energías, su fe y su entusiasmo y constituye así la vanguardia en todas las luchas de la clase obrera contra el capitalismo.

La juventud sindicalista representa además aquel núcleo donde el proletariado pone todas sus esperanzas futuras para la victoria de la libertad y de la igualdad social, pues los jóvenes de hoy serán indudablemente los hombres sobre los cuales pese la gran responsabilidad de la lucha final por la emancipación y la edificación de la economía socialista.

Partiendo de estas consideraciones, la A. I. T. y las organizaciones a ella adheridas deben darse por misión el dedicar una especial atención a los retoños del movimiento sindicalista, a desarrollar en ellos los sentimientos de la generosidad y de la abnegación, así como el espíritu de solidaridad y de sacrificio, a despertar en ellos la inclinación hacia el trabajo útil, a provocar el impulso para la comprensión de la técnica de la producción así como el estudio de los problemas económicos, para que en lo futuro puedan servir de una instrucción técnica y económica y de sus capacidades en pro de la emancipación de la propia clase.

Para la consecución de esos fines se propone:

a) la instalación de escuelas especiales o de cursos de estudio en donde la juventud pueda perfeccionarse en su estudio, para conquistar particularmente todas las capacidades técnicas de su oficio y conocer los fundamentos de la economía social.

b) la publicación de folletos y libros en los que se traten los problemas de un modo adecuado a la posibilidad de comprensión y a las capacidades de la juventud. Los periódicos de batalla y de polémica se dirigen a todo el movimiento obrero y por consiguiente no son apropiados para esa fin.

c) La propaganda educadora es el único medio para combatir las tradiciones arraigadas de la ideología burguesa en la que asienta el prestigio moral de la dominación del Estado imperante.

d) obrar enérgicamente para desviar la manía deportiva, porque el deporte es hoy un instrumento en manos de los capitalistas para apartar la juventud de la lucha de clases y de un desenvolvimiento

espiritual más elevado, haciendo de ella un ente mecánico, no consciente, en lugar de crear hombres capaces de pensar y de obrar.

e) estimular a la juventud en el sentido de una temprana participación en el movimiento obrero a fin de que cada cual labore en la obra común de acuerdo a sus capacidades y temperamento y se enriquezca el sindicato con buenos elementos que evitarán el influjo de la petrificación que no refleja ya el pensamiento y la voluntad del proletariado.

f) fundar un movimiento juvenil en los países donde no existe tal dentro de nuestro movimiento.

g) tender a que la juventud se asocie por sobre las fronteras de los Estados mediante conferencias internacionales dedicadas a esos objetivos.

Se levanta la sesión.

Por trasparenciamiento de originales, hemos publicado primero la crónica del sexto día de sesiones en lugar de insertar la correspondiente al quinto día; el próximo número daremos, pues, esta última.

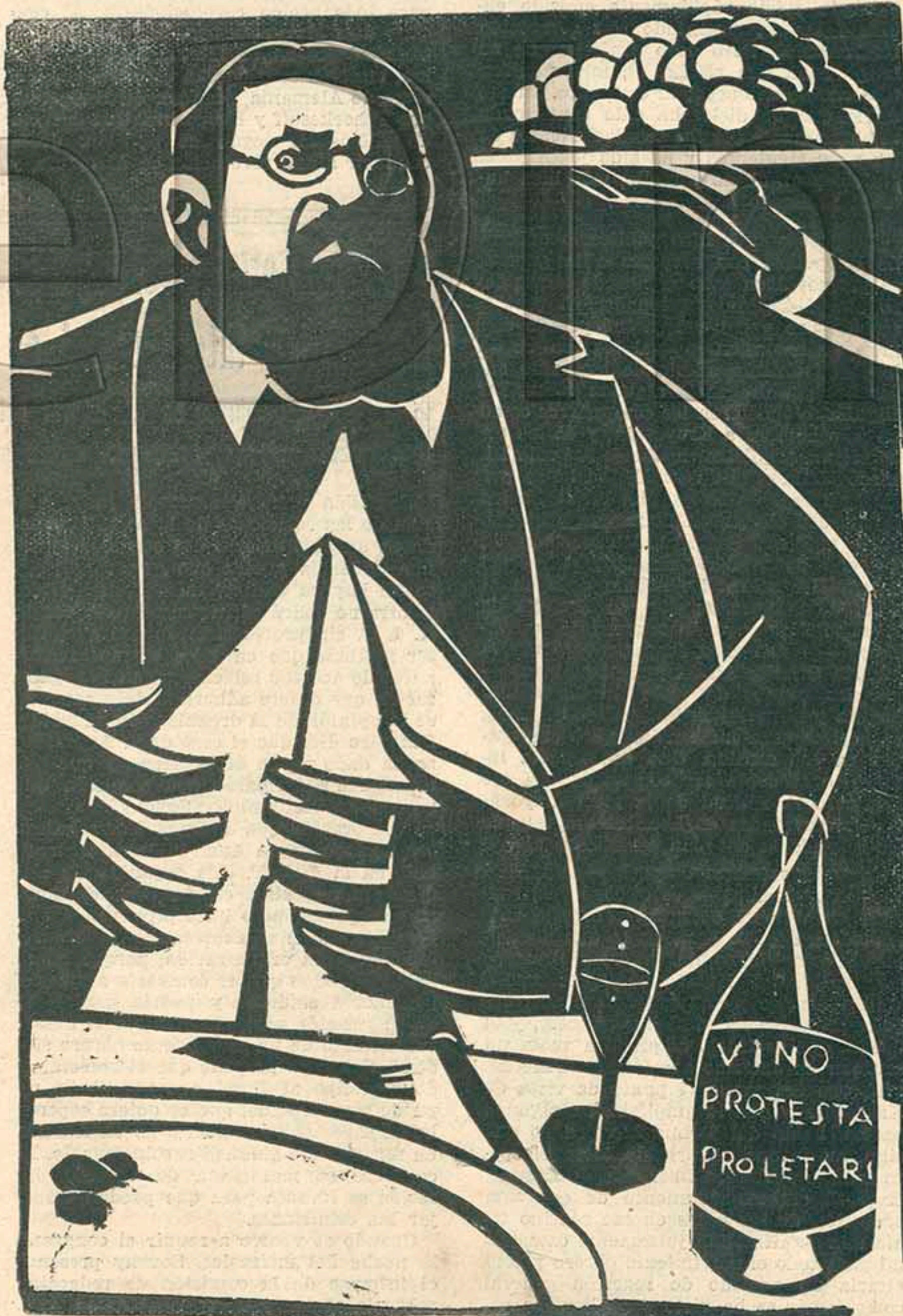
Chismografías

Retornan las habladurías a revolotear alrededor de la personalidad del ex kaiser. Con los reportajes que se publican en la prensa y las declaraciones alevosamente premeditadas de la princesa Herminia, la calculadora compañera de exilio, creemos que Guillermo vendrá a ser la víctima expiatoria de las potencias malignas, las cuales urdieron tenebrosamente la conspiración para maniatarlo en sus redes a fin de perderle. Creemos firmemente que de existir esas tentadas fuerzas malignas y ese complot universal, él la ponzoña la llevaba en sí, en germen y en potencia, y bastaba el más insignificante incidente para que se revelara, estallando incontinente en hechos brutales, en desplantes atrabiliarios y en proclamas históricas de un imperialismo megalómano y vesánico. Soñaba, el César de entonces, en su locura simplista de guerrero medioeval, reconstruir el imperio romano. Y sus enemigos aprovecharon todas esas taras, todas esas debilidades de un ente ridículo por no conocer sus limitaciones, para vencerle, siendo otras tantas armas en sus manos, y le redujeron al estado en que se halla ahora, al de simple leñatero.

Un poco más, y Guillermo va a ser canonizado y probablemente morirá en olor de santidad. Luzbel nos libre de ese olor.

Decididamente, quien inventó la conciencia humana con sus escrúpulos y su contráctil y espasmódica tensión al registrar todo hecho delictuoso, fué tan olvidadizo que no la colocó en el interior del mecanismo de ese reyzeno, ante cuyos ojos murieron millones de seres humanos. Y él sigue serrando leña y goza de una excelente salud, de un envidiable apetito, y mientras algunos hijos se suicidan, otros envejecen, sigue serruchando madera...

M. THOMAS EN BUENOS AIRES



—Los banquetes excelentes, los agasajos del gobierno y de los dirigentes socialistas, impagables... Pero el vinillo proletario de este país me ha agriado la digestión.

LIBROS PUBLICADOS POR LA

EDITORIAL LA PROTESTA
La Revolución Social en Francia, por Miguel Bakunin — primero y segundo tomos, \$ 1.50 c/u.
Temas Subversivos, por Sebastián Faure—Un tomo de 310 págs. Próximamente segunda edición
Los anarquistas (Estudio y réplica), por C. Lombroso y R. Mella. Un tomo de 170 págs., \$ 1.00
Mi Comunismo, por Sebastián Faure. Un tomo de 440 págs. En rústica, \$ 2.00 — Encuadernado en tela, \$ 3.50.—
Conferencias, tomo I: El Estado, su rol histórico, El Estado moderno, por P. Kropotkin. Un tomo de 150 págs. Rústica, \$ 0.50. Encuadernación tela, \$ 1.50 —
Cartas a una mujer sobre la anarquía, por Luis Fabbri. En rústica, \$ 0.50— en tela \$ 1.50.—
La Ucrania revolucionaria, por A. Souchy — \$ 0.30
Miguel Bakunin (Noticia Biográfica), por J. Guillaume, \$ 0.20.